

CONGREGACIÓN DE RELIGIOSOS TERCIARIOS CAPUCHINOS
DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

¿Educar para la libertad o educar por libre?

Juan Antonio VIVES AGUILELLA

Separada de *Pastor Bonus* XLVIII (1999) n. 101
Curia Genreal, Roma

¿Educar para la libertad o educar por libre?

Juan Antonio Vives Aguilera, TC (Godella)

El conjunto de los presentes seis capítulos se articula alrededor del eje de la pedagogía amigoniana:

- 1. ¿Educar para la libertad o educar por libre?*
- 2. La felicidad como referente.*
- 3. La educación del sentimiento.*
- 4. Con responsabilidad y fortaleza.*
- 5. En ambiente de familia.*
- 6. Acompañantes y tetigos.*

El título del primer capítulo lo es también de todo el conjunto ya que presenta e ilumina el entero panorama que se nos invita a contemplar.

Lectura fácil y agradable la de este opúsculo, fruto de la pluma de uno de los más estudiosos y estudiados autores de la vida amigoniana.

¿EDUCAR PARA LA LIBERTAD O EDUCAR POR LIBRE?*

La libertad es uno de los valores más exaltados en nuestra civilización desde la época ya lejana de la Revolución Francesa. Fruto de esta exaltación se ha producido, entre otros logros, el feliz florecimiento de las *democracias* como sistema político más acorde al ámbito social de la libertad humana.

En la presente reflexión, sin embargo, sin dejar de reconocer la irrenunciable importancia de la dimensión social o política de la libertad, se centrará el tema en el ámbito personal de la misma.

La libertad – se podría señalar en un primer momento – no es un *bien del tener*, sino un valor del ser. Lo realmente importante en el ámbito personal no es que el hombre *tenga libertad* de movimiento, de pensamiento, de expresión..., sino que *sea y se sienta libre* para moverse, para pensar, para expresarse..., y, sobre todo, que sea libre *para ser* y para *ser él mismo*, es decir, para alcanzar la *feliz plenitud de su propia identidad humana*.

La Biblia, como transmisora de toda una cultura oriental – centrada en el ser frente al *tener* –, nos regala el siguiente sentimiento acerca de la libertad humana:

Para ser libres nos libertó Cristo. Manteneos, pues, firmes y no os dejéis oprimir nuevamente bajo el yugo de la esclavitud. Porque habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros. Pues toda la ley alcanza su plenitud en este solo precepto: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".

Si vivís según el Espíritu, no daréis satisfacción a las apetencias de la carne. Pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí antagónicos, de forma que no hacéis lo que quisierais. Si vivimos según el Espíritu obremos también según el espíritu¹.

A partir de este texto – que considero fundamental –, se puede profundizar, en el amplio contexto del Nuevo Testamento, el sentimiento cristiano de libertad.

La libertad cristiana se presenta, en algún texto muy significativo, íntimamente conexiónada con la *verdad*: *Conoceréis la verdad y la verdad os hará libre²*. Dicha conexión aparece tanto más lógica, en la medida que se profundiza en su contexto cultural el término *verdad*.

* Godella, E.P.L.A., 17 Octubre 1998. 144 aniversario del nacimiento del P. Fundador.

¹ Gal. 5, 1. 13-14. 16-17.25. Cf. también 1 Pe. 2, 16-17.

² Jn 8,32.

La verdad del evangelio es una verdad existencial y ontológica que alude directamente a la identidad humana. Es *verdad* todo lo que contribuye al desarrollo armonioso y feliz del hombre. Lo que destruye al hombre, aquello que lo torna substancialmente infeliz, es *mentira*. Y precisamente por su estructura ontológica, la verdad que exalta la cultura cristiana es, en definitiva, *el amor*³. Creado a imagen y semejanza del *Dios - Amor*, es el hombre un ser *hecho para el amor* y encuentra en consecuencia su plenitud, en la medida en que madura en el amor mismo. Sólo el amor construye y plenifica al hombre, sólo el amor lo conduce al encuentro de su verdad, de su identidad humana. Cuando falta el amor, todo se convierte en una *mentira* óptica y existencial que, a la larga o a la corta, sume al hombre en una especie de *vacío de ser* que provoca en él los más variados sentimientos de frustración y desencanto. Por ello – como he sugerido en otros escritos⁴ – *el conoceréis la verdad y la verdad os hará libres* se puede traducir por *conoceréis el amor y el amor os hará libres*.

Desde esta perspectiva, *amor y libertad* pasan a ser – tal como se pone de manifiesto también en el texto de Gálatas que nos sirve de base para esta reflexión – expresiones de una misma realidad vital: *el hombre que va madurando en plenitud y en felicidad*.

El amor, al tiempo que confiere al hombre su identidad como tal, lo torna profundamente libre, mientras que el egoísmo – núcleo y raíz de todo lo que la Biblia denomina pecado – no sólo sume al hombre en un sinsentido vital, sino que lo reduce a la peor de las esclavitudes, cual es la de ser esclavo de los propios deseos de autoadoración y autoencerramiento⁵.

Se es libre – con esa libertad que el Nuevo Testamento exalta como *propia de los hijos de Dios*⁶ y *nacida de la ley del Espíritu*⁷, de la comunión de vida con Cristo⁸ –, en la medida en que se crece y madura como persona *por el amor*.

En consecuencia, pues, para el hombre bíblico, libertad no es la capacidad de *hacer lo que apetece* en un momento determinado, sino la capacidad de elegir *lo que conviene* en orden al desarrollo integral y armónico de la propia personalidad y felicidad. No hay peor esclavitud – se ha dicho ya – que la esclavitud de las propias apetencias cuando éstas nos separan y alejan del propio proyecto personal, o – como diría Pablo Coelho en *El Alquimista* – de la propia *Leyenda Personal*.

³ Cf. Ef. 4, 15 y 24; 2 Tes 2, 10; 1 Jn. 3, 18-19; 2 Jn. 4-6; 3 Jn 3-6. Cf. también VIVES, J.A., *Jesucristo, Verdad del hombre*, en *Pastor Bonus*, 47 (1998) 98, p. 15-21.

⁴ Cf. VIVES, J.A., *Identidad Amigoniana*, FUNLAM, Medellín 1998, p. 14; *Jesucristo, Verdad del hombre*, en *Pastor Bonus*, 47 (1998) 98, p. 15-21.

⁵ Cf. Jn. 8,34; Rom. 6,16-19; 2 Pe. 2, 17-19.

⁶ Rom. 8,21.

⁷ Rom. 8,2. Cf. también 2 Co. 3,17; St. 1,25 y 2,12; 1 Co. 9,19-22 y 10,23-33.

⁸ Jn. 8,36; Gal. 2,4.

De alguna manera, todos sentimos en carne propia el drama paulino *de no hacer el bien que queremos, sino de obrar el mal que no queremos*⁹. Y ello así, porque las inversiones personales de gratificante futuro exigen a menudo una fortaleza que no posee muchas veces un “yo” cautivado por las mieles de la inmediatez.

La libertad, cristianamente entendida, supone apostar decididamente por una felicidad madura, duradera y creciente, que se va experimentando en la medida en que se realizan *experiencias* de un amor, que es tanto más *de verdad*, cuanto más posee los matices que Cristo proclama en las *bienaventuranzas*¹⁰ y que San Pablo canta repetidamente en sus escritos¹¹.

Frente a la ética kantiana del *deber*, o frente a la ética *hedonista y utilitarista* de la sociedad posmoderna, el pensamiento cristiano se encuadraría – de acuerdo a lo que se viene reflexionando – dentro de una ética que bien podríamos denominar *de lo conveniente* como parece sugerirnos el siguiente texto de nuestro padre Fundador:

- *Hay que hacer – solía repetir él – no lo que nos guste, sino lo que conviene*¹².

Ahora bien, ¿cómo favorecer hoy una educación que se encamine hacia esa libertad proclamada por la cultura cristiana?

Ciertamente, la tarea no es fácil. Supone, en ocasiones, navegar contra corriente, y el educador corre el riesgo de ser tildado de agorero y “profeta de calamidades”. La sociedad actual apetece lo inmediato y el sentimiento cristiano apunta más bien a una *inversión de futuro* que se disfruta en la medida en que la persona va creciendo integralmente; la sociedad anhela lo material y la ética cristiana se sitúa más bien en el ámbito de lo espiritual, en el ámbito del sentimiento humano; la sociedad busca lo fácil y placentero y el humanismo cristiano oferta una felicidad que, por ser fruto del amor, se logra en la medida en que la persona supera, no sin sentimiento agónico, sus enanizantes “yoísmos”; en fin, la cultura actual ansía como bien supremo el *bienestar*, y la cristiana se orienta fundamentalmente al “*bienser*”.

No obstante, y pese a sus dificultades, la tarea de educar para la libertad, no sólo es hoy necesaria e ineludible, sino incluso urgente. Debido, entre otras causas, al fragmentarismo, al relativismo y al individualismo que caracterizan la actual tendencia cultural, la educación viene sintiendo, desde hace años, lo que se pudiera denominar *una cierta tentación rousoniana*. Se actúa a veces como si se

⁹ Rom. 7, 14-25, esp. v. 19. Cf. también Gal. 5, 17.

¹⁰ Mt. 5, 3-12.

¹¹ Cf. 1 Co. 13, 4-7 y Col. 3,12-14.

¹² POSITIO, *Sumario “Ad 45”* p. 366. Cf. también CABANES, V., en *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.923 - 14.927.

temiera que el ofertar referencias morales o éticas coartara el ámbito de la libertad personal, sin detenerse a considerar que es utópica una educación sin referentes, pues si éstos no son ofertados abiertamente por el sistema educativo, son transmitidos, como por ósmosis, a través de todo un entramado social al que no puede escapar la persona por muy individualista que se crea o pretenda ser. Se actúa, además, con la pretensión de que el educando haga sus grandes opciones de vida, sin otro referente moral o ético que el que pueda surgir de forma espontánea y natural del propio “yo”, cuando la experiencia enseña que sólo quien ha tomado en mano las “riendas” de su propio cabalgar en la vida; sólo quien va creciendo en capacidad para discernir y optar entre *lo que le va construyendo y haciendo feliz* y *lo que le va destruyendo y tornándolo infeliz*, es una persona conscientemente *libre* y tiene conciencia para actuar como tal. Se actúa, en definitiva – si no en el terreno del pensamiento pedagógico, sí en el de la praxis educativa – como si *educación para la libertad* y *educación por libre* fuesen sinónimos.

Y bien, después de todo lo dicho hasta ahora, sería el momento de dejar todas estas reflexiones introductorias y adentrarse, ya de lleno, en qué supone la *educación para la libertad*. Pero dada la complejidad del tema, se deja por hoy y se retomará próximamente a través de un conjunto secuenciado de artículos que, desde distintas y complementarias perspectivas, intentarán agrupar, en torno al tema nuclear de la libertad, los elementos más característicos del acervo cultural que posee la Pedagogía Amigoniana¹³.

¹³ La secuencia de los mencionados artículos es la que se sigue en la presente publicación: *La felicidad como referente*, *La educación del sentimiento*, *Con responsabilidad y fortaleza*, *En ambiente de familia* y *Acompañantes y testigos*.

LA FELICIDAD COMO REFERENTE*

En la cultura cristiana, la libertad – se decía en el artículo anterior – se sitúa en el ámbito del “bienser” e implica una suficiente capacidad para discernir y optar entre aquello que va plenificando y haciendo feliz a la persona y aquello que la va destruyendo y tornándola infeliz.

La felicidad es, pues, el referente moral y ético de la antropología cristiana¹ y, por ende, del irrenunciable valor de la libertad.

De hecho, el *Sermón de la Montaña*² – que viene a ser como la *Carta Magna* en que está compendiado todo el mensaje de Cristo – constituye un verdadero código de la felicidad. Las bienaventuranzas – como su propio nombre indica – enumeran las actitudes básicas que conducen a la felicidad o distinguen al hombre feliz³.

La felicidad está relacionada además en el Nuevo Testamento con la *sabiduría vital*. Es feliz quien sabe *saborear* la vida con tal profundidad que llega a experimentar en sí mismo esa sensación de perennidad a la que Cristo hace alusión con la expresión: *vida eterna*.

Vida eterna es vida en plenitud y saciedad⁴, es vida en coherencia con los profundos valores de la identidad humana, tal como ésta fue diseñada por el Creador y se realizó plenamente en la persona de Cristo⁵; es vida que tiene su verdadero quicio en el *crecimiento en el amor*⁶.

Ahora bien, esta *vida eterna*, o, si se prefiere, *vida en feliz plenitud*, aunque está llamada – según profesa la fe – a trascender el tiempo y el espacio presentes, es un profundo mensaje antropológico dirigido con toda su fuerza y radicalidad a todo hombre en el *aquí y ahora* de su existencia.

Uno de los grandes dramas del cristianismo – durante largos años de su historia – ha sido sin embargo el de privar de *temporalidad* a la vida eterna y consecuentemente a la misma felicidad humana.

* Godella, E.P.L.A., 2 de febrero 1999. 7º aniversario de la creación de la Provincia del “Buen Pastor”.

¹ Cf. Mt. 5, 3-11; Mt. 24, 46; Lc. 6, 20-22; Lc. 10, 21-24; Lc. 11, 28; Lc. 12, 37-38; Jn. 13, 13-17; Hch. 20, 35; St. 1, 12 y 25; 1 Pe. 3, 8-14; 1 Pe. 4, 12-14; Ap. 16, 15; Ap. 20, 6; Ap. 22, 7 y 14.

² Cf. Mt. 5, 3-12 y Lc. 6, 20-23.

³ Cf. VIVES, J.A., *Las bienaventuranzas, ocho formas de servir*, en *Trilogía Amigoniana* (separata) p. 91-110 y en *Pastor Bonus* 46 (1997), p. 117-136.

⁴ Cf. Jn. 4, 13-14 y Jn. 6, 33-35.

⁵ Cf. Jn. 5, 24-29; Jn. 10, 27-28; Jn. 12, 47-50; Jn. 17, 2-3 y 1 Jn. 5, 11-13. Cf también: Mt. 19, 16-17 y Lc. 10, 25.

⁶ Cf. Mt. 16, 25; Lc. 9, 24-25; Jn. 12, 25; Jn. 15, 1-17 y 1 Jn. 3, 14-25.

Tal privación *convirtió* paradójicamente el anuncio de la *Buena Noticia* – el anuncio de la *vida* y de la *alegría* – en un desencarnado mensaje que – en la espera de la “feliz resurrección” – presentaba esta vida como un “destierro” y “un valle de lágrimas”.

La espiritualidad cristiana perdía así su verdadero rostro humano y su moral se veía desprovista del referente más original y antropológico.

El hombre no fue creado sólo para gozar en la “otra” vida, sino también para ser profundamente feliz en este maravilloso planeta azul que habita. Y la referencia a la felicidad profunda – que puede y debe comenzar *aquí y ahora* – es el gran mensaje que la cultura cristiana está llamada a aportar al hombre posmoderno, que camina a menudo a la deriva por haberse quedado – en medio de su relativismo y permisivismo – sin verdaderos referentes éticos y morales.

El hombre de hoy necesita recuperar la capacidad de *saborear* la vida, de centrarse en el *ser*, de superar toda una cultura fundada en sensaciones agradables que producen *bienestar* y momentos de alegría, pero que con frecuencia no dejan después el poso de la serena felicidad. Pero todo ello se logrará, en la medida en que este mismo hombre sea capacitado, ética o moralmente, para saber recurrir a sus profundas experiencias de felicidad o infelicidad y pueda encontrar en ellas un referente para su propio proceso de crecimiento personal y de actuación.

Frente al esto es “bueno” o es “malo”, la moral – más que nunca – necesita recurrir hoy al esto “me hace feliz” o esto “me torna infeliz”, al esto “me construye y me ayuda a saborear mi vida” o esto “me destruye y me sume en una degradante nostalgia vital”.

Dicha recuperación de la *felicidad como referente* moral o ético puede contribuir eficazmente a contrarrestar algunas de las más acusadas deficiencias que presenta la cultura posmoderna, como pueden ser, en concreto, la fragmentariedad, el relativismo y permisividad, y el hedonismo.

En primer lugar – y por su propia estructura unitaria y armónica – el referente de la *felicidad* contribuye decisivamente a superar la fragmentariedad en que la cultura actual ha sumido a la persona.

Quizá nunca como en el presente, se ha hablado tanto de la unidad de la vida ni se la ha alabado tanto. Los mismos proyectos educativos apuntan precisamente en ese sentido cuando se apoyan de forma unánime en una educación *integral* y defienden enfáticamente dicha *integralidad* como un valor irrenunciable. Y sin embargo, tampoco quizá nunca, como en esta época, ha existido tanta “esquizofrenia” cultural y tanta ruptura existencial en las personas. Parece como si en su afán por buscar y encontrar la unidad de conocimientos, el hombre moderno se hubiese olvidado de buscar y encontrar con idéntico “fervor” la armonía de sus sentimientos y, consecuentemente, la de sus pensamientos. Y si grave es la falta de principios conceptuales que den unidad al pensar, mucho más grave es la carencia de sentimientos que confieran armonía a la vida. Hoy se vive muchas veces a nivel de sensaciones y las personas, al parecer, no disponen de

tiempo para analizar si esas mismas sensaciones son constructivas o destructivas para el propio desarrollo personal. No es raro encontrar, por ello, hombres y mujeres que anhelan experimentar las sensaciones más encontradas – y hasta contradictorias – y que acaban haciendo así de su vida una especie de combinado “agridulce” que los aboca a la desorientación y los sume, con cierta frecuencia, en la depresión.

En contraposición a este panorama de ruptura estructural de la persona, el sentimiento de la felicidad aporta – como ya arriba se ha indicado – unidad y coherencia interna al ser humano y hace que éste se sienta bien y a gusto consigo mismo. Este sentimiento del “bienestar”, que se exterioriza en alegría, júbilo y satisfacción, lo experimenta el hombre mismo en su más profunda intimidad como una agradable sensación de serenidad y paz. Una serenidad y una paz que no sólo mantienen el equilibrio personal y anímico aun en medio de las adversidades y dificultades de la vida, sino que adquieren incluso en medio de éstas los caracteres propios de esa gozosa *paciencia* que la cultura bíblica exalta en el hombre profundamente realizado y feliz⁷ y que San Francisco canta en su vida y en sus escritos como *verdadera alegría*⁸.

En definitiva, la *felicidad* es, como sugiere el evangelio, ese *tesoro escondido* – ese sentido gratificante de la propia existencia – que, cuando uno lo descubre, no le importa ya poner el propio ser, hacer y tener a su servicio, no le importa orientar *toda* la vida a su adquisición⁹.

En íntima conexión con su sentido unitario e integrador, *la felicidad como referente* contribuye también a contrarrestar, con garantía de éxito, las tristes influencias que, de cara al desarrollo integral y feliz de la persona, tienen las tendencias *relativistas* y *permisivas* de la actual cultura.

Se ha dicho que el hombre posmoderno es un *hombre sin referentes*, que en vez de ser *brújula* es *veleta*¹⁰. Un hombre que ha roto con todos los absolutos, ha hecho del “bienestar” su gran dios y ha justificado todo aquello que pueda estar al servicio de dicha deidad. La tragedia existencial surge sin embargo porque – como el mismo Pablo expresa, haciendo recurso a sus más íntimas experiencias antropológicas – *todo le puede estar permitido al hombre, mas no todo le conviene*¹¹; porque no siempre el ámbito del “bienestar” coincide con el del

⁷ Cf. Mt. 5, 10-12; Rom. 5, 3-5; St. 1, 2-3; Ef. 4, 1-2.

⁸ SAN FRANCISCO, *La verdadera alegría en San Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época*, en BAC, Madrid 1978, p. 85-86. Cf. también *Admoniciones* 13. 15. 22. en *ibidem* p. 81-83, y VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana* (separata) p. 105-108, y en *Pastor Bonus* 46 (1997) p. 131-134.

⁹ Cf. Mt. 13-44. Cf. también VIVES, J.A., *En busca del tesoro perdido*, en *Alborada* (edición especial 45 años) p. 4-5.

¹⁰ ROJAS, E. *El hombre light*. Ed. Temas de Hoy, Barcelona 1998, p. 47.

¹¹ Cf. 1 Co. 6, 12. Cf. también 1 Co. 10, 23.

“bienser”, y porque ningún placer ni ningún “tener” llenan el vacío interior que experimenta la persona que *no se siente a gusto consigo mismo*.

Sólo el sentimiento de felicidad, en su calidad de referente y norte, puede conducir a la plena y armónica madurez humana el propio proyecto o leyenda personal.

Finalmente, la *felicidad como referente* constituye un verdadero reto al *hedonismo* desbordante que hoy impera.

El hedonismo, al absolutizar el placer, lo desvirtúa, privándolo a menudo de su natural relación con el sentimiento humano y privándolo, por ende, de su comunión con el núcleo del amor, que es el que en realidad cohesiona y estructura unitariamente la personalidad y confiere a ésta el sabor y el tono de la felicidad.

Por el contrario, la felicidad – desde el sentimiento integral de amor del que ella misma surge –, sin condenar el placer, le devuelve su verdadero rostro.

Tan pernicioso es absolutizar el placer, como condenarlo absolutamente. Y es éste el pecado que ha cometido toda moral siempre que, perdiendo la visión unitaria de la vida y dejándose llevar por los dualismos existenciales, se ha convertido en *moralismo*. Con su rotunda condena del placer y con su clásica exaltación – y a veces absolutización – del sufrimiento y de la renuncia, algunos movimientos ascéticos, al tiempo que se han situado en vías de una especie de dañino masoquismo, han privado al referente moral de la felicidad de uno de sus soportes.

El mismo Cristo, a quien algunos malintencionados llegaron a calificar de “comilón y borracho”¹², aparece como una persona profundamente *vitalista* que – sin entrar en absurdas polémicas, como por ejemplo si es mejor comer o ayunar¹³, y sin caer en peligrosas contraposiciones entre gozar y sufrir – enaltece fundamentalmente, con su testimonio y con su palabra, el desarrollo de aquellos sentimientos que pueden conducir al hombre a la felicidad y a disfrutar y saborear la vida.

¹² Cf. Mt. 11, 19.

¹³ Cfr. Lc. 5, 33-35; Mt. 9, 14-17; Mc. 2, 18-22; 1 Co. 10, 24-26 y 11, 31.

LA EDUCACIÓN DEL SENTIMIENTO*

Frente a toda una tendencia cultural que ha pretendido encontrar el secreto de la felicidad humana en el *bienestar*, la cultura cristiana, desde sus más profundas raíces bíblicas, ha situado la sabiduría, es decir, el *arte de saborear la vida*, de *saber vivir feliz*, en lo que se podría llamar el “*bienser*”.

Toda la historia de Israel puede ser leída precisamente en dicha clave¹. Y en el Nuevo Testamento la opción de Cristo por el *mundo del ser*, no admite dudas. Ya en el texto emblemático de las tentaciones en el desierto, se percibe con toda nitidez esa opción cuando Jesús contrapone: al hedonismo corporal la *felicidad integral*²; al *autoencerramiento* orgulloso y dominante, la *apertura amorosa*³, y al *acaparamiento* e idolatría de las riquezas, la *adoración del ser*, plenificado en Dios⁴.

Y esta misma actitud – que es una de las constantes en la vida del Maestro – encuentra, a mi entender, su expresión culminante en esta pregunta que él mismo hace:

*¿De qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?*⁵

Leído en toda su profundidad – espiritual y antropológica a un tiempo – este texto adquiere una extraordinaria fuerza expresiva.

No se trata de ganar o perder el alma en el más allá, sino de ganar o perder el propio espíritu, la propia identidad, el propio sentido vital en el más acá. Lo que en realidad está en juego es el *disfrutar*, o no, la vida; esa vida que Juan llama *eterna* pero que debe comenzar aquí y ahora⁶.

Cuando el *tener* no ayuda al *ser*, no ayuda a ser más persona, a ser más feliz, a *saborear la vida...*, se ha perdido desgraciadamente el rumbo de la vida misma.

El mensaje del *ser*, del *vivir*, es vertebral en la antropología cristiana y se encuentra de hecho en el trasfondo de todo el evangelio. El mismo concepto de *conversión*, visto desde él, adquiere su plena radicalidad.

* Godella, E.P.L.A., 12 de abril de 1999. 110º Aniversario de la Fundación de la Congregación.

¹ Cf. VIVES, J.A. *¿Gigantes o enanos?*, en *Identidad Amigoniana*, FUNLAM, Medellín 1998, p. 6-10.

² Cf. Mt. 4, 3-4.

³ Cf. Mt. 4, 5-7.

⁴ Cf. Mt. 4, 8-10.

⁵ Lc. 9, 25. En los Textos paralelos se lee: *¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida? ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida?* (Mt. 16, 26 y Mc. 8, 36-37).

⁶ Cf. VIVES, J.A. *La felicidad como referente*, supra, p. 7.

Convertirse no es cambiar las “malas acciones”, por “buenas”, sino cambiar la orientación del propio crecimiento personal, cambiar el espíritu o, si se prefiere, el sentimiento más profundo de uno mismo. Las expresiones *hombre viejo o carnal y hombre nuevo o espiritual*⁷, que apuntan precisamente al cambio radical, indican, desde dicha perspectiva, bien al hombre cuyo núcleo gira en torno al *tener*, o bien aquél otro que – aunque en medio de sus debilidades y deficiencias – va desarrollándose en torno al ser. Este último es *contemplativo*, mientras que aquél otro – aun apareciendo en ocasiones como persona religiosa, y hasta devota – permanece inactivo en la construcción de su *hombre interior* y no crece armónicamente en su personalidad⁸.

1. Ser y sentimiento

El crecimiento en el ser tiene, sin embargo, su expresión más concreta y sugerente, dentro de la cultura neotestamentaria, en el nacimiento del *sentimiento* humano a la luz de Cristo, como claramente indican estos textos:

En conclusión – escribe Pedro, haciendo síntesis del camino cristiano – *tened todos un mismo sentir, sed compasivos, amaos como hermanos, sed misericordiosos y humildes. No devolváis mal por mal, ni insulto por insulto; por el contrario, bendecid, pues habéis sido llamados a heredar la bendición*⁹.

Os pido – escribe Pablo – *que colméis mi alegría, siendo todos del mismo sentir con un mismo amor, un mismo espíritu, unos mismos sentimientos. Nada hagáis por rivalidad o por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés, sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo*¹⁰.

Revestíos – insiste en otra ocasión –, *como elegidos de Dios, santos y amados, de entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre,*

⁷ Cf. Gal. 5, 13-26; Ef. 4, 21b-24; Col. 3, 9b-15. Cf. también, Rom. 8, 5-12; Rom. 13, 12-14; 1 Co. 3, 1-3; Gal. 6, 8-10; Ef. 3, 16-19; Jn. 3, 5-6.

⁸ La contemplación en su más clásico y original sentido implica *actividad del ser*. Es contemplativa la persona que va creciendo en identidad. Desde la óptica cristiana, este crecimiento en identidad se matiza de *maduración humana por el amor a la luz de Cristo*. Ser o no contemplativo no depende, pues, de lo que se hace, sino de cómo se vive. Una persona puede ser profundamente contemplativa en su apostolado y otra permanecer inactiva en la oración (cf. VIVES, J. A. *La cultura amigoniana y los valores del ser*, en *Identidad Amigoniana*, FUNLAM, Medellín 1998, p. 29-31).

⁹ 1 Pe. 3, 8-9. Cf. también Rom. 12, 14-18.

¹⁰ Filp. 2, 2-5. Cf. también Rom. 15, 5.

paciencia, soportándoos unos a otros y perdonándoos mutuamente... Como el Señor os perdonó, perdonaos también vosotros. Y por encima de todo esto, revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección. Y que la paz de Cristo presida vuestros corazones... Y sed agradecidos¹¹.

Os exhorto – dice a los Efesios – a que sirváis de una manera digna de la vocación con que habéis sido llamados, con toda humildad, mansedumbre y paciencia, soportándoos unos a otros por amor... hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del Hijo de Dios, al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud de Cristo... realizando así el crecimiento del cuerpo para su edificación en el amor.

Para que no seamos ya niños, llevados a la deriva..., antes bien, siendo sinceros en el amor; crezcamos en todo hasta Aquél que es la Cabeza, Cristo... No viváis ya como viven los gentiles... Vosotros habéis sido enseñados conforme a la verdad de Jesús... a revestiros del Hombre Nuevo... Sed buenos entre vosotros, entrañables, perdonándoos mutuamente como os perdonó Dios en Cristo.

Sed, pues, imitadores de Dios... y vivid en el amor como Cristo os amó...¹².

La educación cristiana del sentimiento se orienta, pues, como claramente ha quedado expresado en los textos anteriores, a *crecer en el amor*¹³, o dicho si se quiere de otra manera, a *humanizarse* a la luz de Cristo¹⁴.

Dicho crecimiento en amor – culmen y norte de todo sentimiento¹⁵ – conlleva, sin embargo unos *matices* que ayudan a identificarlo y le otorgan el sello de la autenticidad.

Tales matices o tonalidades, compendiados poéticamente en las *bienavneturanzas*¹⁶ – verdadero *arco iris* del amor cristiano – y recogidos también en otros textos neotestamentarios¹⁷, confieren al crecimiento en humanidad un talante particular y hacen del hombre un ser: *desapegado y libre* frente a los halagos del tener; *sencillo y servicial* en sus relaciones; *fuerte y recio* ante la vida; *solidario y comprometido* con la construcción de un mundo mejor; *sensible y tierno* para querer a cada uno “como es” y para extremar su cariño con los más necesitados; *afectuoso* con todos y *respetuoso* al mismo tiempo de su libertad y

¹¹ Col. 3, 12-15.

¹² Ef. 4, 1-2. 13-14a. 15. 16b. 17a. 21b. 24a. 32 y 5, 1-2a.

¹³ Cf. especialmente Col. 3, 14; Ef. 4, 15 y 5, 2: Cf. también Rom. 13, 8-10; 1 Co. 13, 1-3; Gal. 5, 13-14; Ef. 1, 4-5; Ef. 3, 16-19; 1 Jn. 3, 16-19 y 1 Jn. 4, 7-16.

¹⁴ Cf. Ef. 3, 16-19; Ef. 4, 13. 15. 24; Filp. 2, 5; Col. 3, 10-11 y Gal. 2, 20.

¹⁵ Cf. Rom. 13, 8-10; 1 Co. 13, 2-3; Gal. 5, 14; Col. 3, 14.

¹⁶ Cf. Mt. 5, 1-12.

¹⁷ Cf. 1 Co. 13, 4-7; Gal. 5, 22-23; Col. 3, 12-15; 1 Pe. 3, 8-9. Cf. también: Rom. 12, 14-18; 2 Pe. 1, 5-7.

de todos sus otros derechos; *sereno y armónico* en su personalidad y *pacificador* en su entorno; *coherente* con lo que ama y cree de corazón y *decidido y valiente* para dar testimonio de ello, y *feliz* – profundamente feliz – con ese gozo que surge de sentirse a gusto consigo mismo¹⁸.

2. Educar el propio sentimiento

La educación del sentimiento, que hoy nos ocupa y a la que suele aludirse en la actualidad como *educación en valores*¹⁹ – es vital, por otra parte, para todo cristiano.

Ella, por su propia naturaleza, al tiempo que *humaniza* al mismo hombre, le regala *armonía de vida* y le impulsa decididamente a la superación de toda una serie de traumáticos dualismos existenciales que amenazan constantemente su ser con divisiones esquizofrénicas entre lo sagrado y lo profano, entre espiritualidad y humanidad, entre lo que es y lo que hace...

En la profundidad del sentimiento, la vida se recrea y armoniza. La persona que va madurando integralmente desde el amor, que va creciendo en humanidad testimonia con coherencia y normalidad en sus *acciones* el espíritu que la anima.

La persona que adora al Dios cristiano “en espíritu y verdad”²⁰, se humaniza, su vida se va transfigurando por el amor y sus sentimientos van trasluciendo la rica gama de colores que encierran las bienaventuranzas. Cuando no sucede así, cuando la vida no se va tornando más luminosa y festiva, es porque la persona, tras su pretensión de adorar a Dios, está haciendo en realidad un acto de autoadoración y egolatría. No existe peligro más dañino – por lo encubierto – *para la vida espiritual*, que el *del espiritualismo*. Mientras aquélla diviniza al hombre, humanizándolo, éste lo deshumaniza bajo la pretensión de lo divino.

3. Educar desde el sentimiento

Junto al beneficio de la *armonía vital* que produce en la persona la educación del sentimiento, aporta éste otro no menor a nuestro *ser amigiano*.

¹⁸ Como fácilmente puede deducirse este noveno matiz relativo a la felicidad, aunque no hace referencia directa con ninguna bienaventuranza en concreto, está en el trasfondo de todas ellas y las convierte así en un verdadero *Código de felicidad*.

¹⁹ Personalmente prefiero la expresión *educación del sentimiento*, pues, a mi entender, recoge de forma más unitaria e integral la maduración personal en el amor. Es cierto que la maduración en el amor conlleva – como se ha visto – unos matices o tonalidades a los que podemos llamar *valores*. Pero esos matices son expresiones naturales de la maduración misma en el amor y sólo desde él adquieren su genuino valor (Cf. 1 Co. 13, 1-3).

²⁰ Jn. 4, 23-24.

Como educadores cristianos, estamos llamados a ser – como muy bien interpretaba un periodista en los orígenes de la Congregación²¹ – *cultivadores del sentimiento humano*, y el sentimiento se educa en la medida que se testimonia con el sentimiento mismo.

Los alumnos maduran en dignidad, si se les trata con dignidad; crecen en amor, si se sienten amados; son compasivos con los demás, si experimentan que se les quiere en su individualidad, con sus grandezas y con sus miserias...; reaccionan, en fin, positivamente en la medida que se consigue pulsar y despertar la fibra sensible de su corazón:

Las misericordias – decía el padre Luis Amigó en clara referencia al pasaje del Lobo de Gubio²² – *acaban por convertir en manso cordero al que era un lobo rapaz.*

Tratado al alumno con el verdadero... cariño que requiere la misión de los religiosos – se decía en las Constituciones de 1910 –, *se abrirá su corazón a las enseñanzas que se le insinúen*²³.

En todo ser humano – reflexionaba fray Javier de Valencia – *hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos... Mucha paciencia y caridad en el trato con los niños... “Más moscas se cazan con miel que con hiel”*²⁴.

*Cuando haya recurrido a todos los medios para llevar a un alumno por el camino del bien, y él se obstine en ir por el del mal, busque a un religioso experimentado, para que, “haciéndose el enconradizo con él”, le hable al corazón*²⁵.

Esta educación desde el sentimiento es posiblemente la mayor grandeza de nuestro sistema pedagógico, que se convierte en *arte y poesía* a través del talante humano y humanista de sus educadores.

Nuestra pedagogía necesita valorar con renovado énfasis vital, por encima de métodos y estrategias, el *sentimiento educativo* que la identificó como cristiana desde sus inicios, y necesita también articular con creatividad nuevas formas de acompañar a los alumnos en la irrepetible aventura de su maduración personal,

²¹ Cf. *Los cultivadores del sentimiento*, artículo publicado en el Heraldo de Madrid del 13 de febrero de 1913, en VALENCIA, J., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.042.

²² AMIGÓ, L., OC, 1058. El pasaje del Lobo de Gubio (cf. *Floreçillas*, 21), paradigmático dentro de la tradición pedagógica franciscana de la necesidad de educar con sentimiento, encuentra, quizá su sustrato histórico en el pasaje de la *conversión de unos ladrones* (cf. *Leyenda de Perusa*, 115 y *Espejo de Perfección*, 66).

²³ Cf. *Constituciones 1910*, n. 237.

²⁴ Cf. VALENCIA, J., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.042; 5.043; 5.048 y 5.052.

²⁵ *Manual de 1933 y de 1946*, n. 228. *Manual de Espiritualidad Amigoniana*, n. 195. Sería interesante leer la expresión *hablar al corazón* a la luz de Os. 2, 16.

favoreciendo en ellos el desarrollo de sentimiento que les ayude a ser cada vez más humanos.

Pero esto último sólo será posible en la medida en que nosotros mismos nos perfeccionemos para servir mejor²⁶ y seamos expertos *en humanidad* y, desde ahí, *profetas del sentimiento humano*.

4. Dejarse educar por Dios

Para ser *profeta del sentimiento*, la persona necesita, sin embargo, madurar ella misma sentimentalmente. Y una tal maduración – como ya se ha dejado dicho –, sólo es posible desde la experiencia de haber sido amado.

Detrás de todo problema personal, detrás de toda personalidad rota y sin armonía en su desarrollo, suele encontrarse un trauma afectivo.

Sólo quien se siente amado crece en amor. Y el cristiano, llamado a vivir *en amor y por el amor*, tiene necesidad absoluta de experimentar personalmente en su vida la caricia de Dios.

*En esto consiste el amor – escribe Juan –: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó... Nosotros amemos, porque Él nos amó primero*²⁷.

*Dios nos consuela en todas nuestras tribulaciones – dice Pablo – para poder nosotros consolar a los que están en toda tribulación, mediante el consuelo con que nosotros somos consolados por Él*²⁸.

Hace ya veinticinco años Karl Rahner escribía que los cristianos del futuro o serían hombres de la experiencia de Dios, o no serían cristianos. Y así parece estar sucediendo. Los actuales problemas de fe no son de índole conceptual, sino experiencial. El hombre de hoy, más que atacar las formulaciones dogmáticas, lo que hace es “pasar” de todo aquello que *no siente* de alguna manera. No es época, ésta, de cismas abiertos, pero sí de silenciosas y numerosas separaciones. La religión es aceptada en muchos casos como un elemento cultural – del que se alardea incluso en ocasiones –, pero tiene poca incidencia en la vida personal.

En el seno mismo de la Vida religiosa se profesa con “fe inquebrantable” que la *vida espiritual*, es decir, la *maduración de la persona en humanidad*, desde

²⁶ Cf. 1 Co. 14, 12. Para Pablo todos los carismas se ordenan al bien común y al servicio de la comunidad. Cuando el “saber” no ayuda a servir mejor, se ha perdido el norte de la formación cristiana. No hay peor cosa que engordar paranoias. Estos cuanto más “ciencia” poseen más dominan a los que tienen alrededor.

²⁷ 1 Jn. 4, 10 y 19.

²⁸ 2 Co. 1, 4.

Dios y a la luz de Cristo, sólo es posible *por obra y gracia del Espíritu Santo*. Para nadie parece ser un problema profesar que sólo bajo la acción del Espíritu se puede exclamar: *¡Abba, Padre!*²⁹ y se puede proclamar: *Jesús es el Señor*³⁰. Pero se hace difícil a veces ir viviendo y madurando cada día desde la dinámica que implica el constituir al Señor en el verdadero artífice y constructor del propio edificio personal. Incluso en la misma formación a la vida religiosa han sobrado – desmesuradamente a veces – carta de ciudadanía, métodos que – inspirados con más o menos acierto en la psicología – han intentado traducir de alguna forma los medios tradicionales de la ascética. El peligro de dichos métodos – demasiado evidente en ocasiones – es el de favorecer un desarrollo en *yoísmo* y en *voluntarismo*, que son, en definitiva, expresión de la *pretensión de escalar y conquistar* – como modernos “Prometeos” – *el trono del mismo Dios*.

Se hace urgente, por ello, propiciar un clima que favorezca un encuentro experiencial con Dios, sintiendo sobre la propia vida su presencia y actuación amorosa.

Nadie puede ir a Cristo – hombre perfecto y modelo de humanidad – *si el Padre no lo atrae*³¹. Y la *atracción* es, por su misma naturaleza, un *lazo del amor*³².

Es necesario y urgente, pues, aprender a *conjuguar los verbos en pasiva*, buscando, más que el *hacer*, el *dejarse hacer*, y, más que el *amar*, *sentirse amado*. Es necesario y urgente vivir, más desde la *teología de la gracia* y del *abandono en Dios*, que desde la pretensión del *esfuerzo humano*. Es necesario y urgente ser, más *místicos*, que *ascetas*.

Dejarse amar por Dios, dejarse educar por Él es quizá – parangonando al mismo Pablo³³ – el gran reto que tiene planteado hoy la vida espiritual.

El gran “pecado” de los fariseos fue precisamente el *cerrarse al amor*, el de *no dejarse querer por Dios*³⁴. Y éste ha sido también el gran peligro que ha amenazado siempre a la vida espiritual en su caminar hacia una creciente y armoniosa maduración personal y humana.

²⁹ Rom. 8, 15 y Gal. 4, 6.

³⁰ 1 Co. 12, 3.

³¹ Cf. Jn. 6, 44.

³² Cf. Os. 11, 4 y 2, 16.

³³ Cf. 2 Co. 5, 20 donde Pablo habla de *dejarse reconciliar por Dios*. De hecho, para Pablo, la reconciliación no es nunca acción del hombre hacia Dios, sino acción de Dios hacia el hombre (Cf. Rom. 5, 10; 2 Co. 5, 18-19; Col. 1, 20 y 22).

³⁴ Ello puede apreciarse paradigmáticamente en las parábolas del *Padre misericordioso* (Lc. 15, 11-32) y del *fariseo orante* (Lc. 18, 9-11). En ellas, mientras el *hijo pequeño* y el *publicano* experimentaron, desde su abandono en Dios, la carga materna de Él sobre la propia vida, el *hijo mayor* y el *fariseo* no consiguieron, desde su “yo engordado”, sentirse amados.

CON RESPONSABILIDAD Y FORTALEZA*

El hombre es libre – se ha visto hasta el momento¹ – en la medida en que es capaz de elegir lo que *le conviene* en orden a su maduración como persona; en la medida en que sabe hacer en su vida – sin dejarse cautivar por los halagos de la inmediatez – *inversiones de verdadera y estable felicidad*; en la medida, en fin, en que va autoeducando su *sentimiento humano y creciendo en amor*.

Ahora bien, una tal capacidad de elección, una tal sabiduría en la inversión y una tal autoeducación y crecimiento, supone en el hombre mismo – como repetidamente se ha ido apuntando también – una paralela maduración, autoeducación y crecimiento de la propia capacidad de *fortaleza*. *Sólo en la medida en que el hombre es fuerte, es responsable de su propio proceso personal y goza en verdad del privilegio de la autodeterminación*.

1. *La vida no es light*

A pesar de que la actual cultura – llevada por un cierto *complejo de avestruz*² y con pretensiones no exentas de cierta esquizofrenia y rayantes en la absolutización – hace supremos esfuerzos por resaltar tan sólo la dimensión amable, suave y ligera de la vida, no cabe duda de que ésta – por mucho que se quiera ocultar o silenciar – tiene también un rostro menos amable, menos suave y menos ligero.

Una de las más antiguas concepciones antropológicas de la historia humana – cual es la que nos trasmite la Biblia – presenta ya la vida como una realidad dramática. Este dramatismo vital – tal como se ha visto ya desde otra perspectiva³ – hunde sus raíces en la misma estructura humana.

Creado a imagen y semejanza del *Dios – Amor*, el hombre es germinalmente un *proyecto de amor*. Sólo aprendiendo a amar, sólo creciendo en sentimiento, se va personalizando y humanizando el ser del hombre. Este proyecto de amor – que implica, por su propia estructura, una *aventura* hacia el mundo de los demás, un salir cual peregrino, *de la propia tierra*, del propio “yo”, para descubrir junto a los otros una *nueva tierra* y resucitar con ellos a una nueva realidad – encuentra,

¹ EPLA. 31 de julio de 1999. Pascua del padre Fernando de Benaguacil.

² Cf. *¿Educar para la libertad o educar por libre?*, supra, p. 3-6, *La felicidad como referente*, supra, p. 7-10, y *La educación del sentimiento*, supra, p. 11-17.

³ Hay una cierta tendencia hoy en día a soslayar lo negativo de la realidad con la inconsciente pretensión de creer que ocultando la cabeza y no viendo el peligro, éste deja de existir.

⁴ Cf. *¿Educar para la libertad o educar por libre?*, supra, p. 4.

sin embargo, su más fuerte y seria oposición en el hombre mismo, quien, en su libertad, siente constantemente la tentación de convertir la *aventura* – arriesgada, pero ilusionante – que supone *el viaje hacia el otro* y el encuentro con él a mitad de camino, en un mero *dar vueltas en torno a sí mismo*. Es ésta la tentación que todo hombre experimenta tras la búsqueda de la plenitud del propio ser, tras el anhelo de la serena felicidad. La cultura bíblica expresa bellamente este drama antropológico, revestido con el ropaje de la fe, en el relato conocido como el *pecado original*⁴. El hombre en su *hambre de deidad*, en su ansia de plenificar felizmente el propio ser, se encuentra dramáticamente en la encrucijada de tener que optar entre la *inversión de futuro* que supone una *felicidad* que nace del crecimiento pausado y cotidiano en el amor, y las *inmediatas gratificaciones* que le promete – cual “fruto maduro y sabroso” y a precio “de rebajas” – el propio endiosamiento. Halagado por el goce inmediato que le ofrece el egoísmo, al hombre le atrae más ser servido que servir, ser aplaudido que aplaudir, ser encumbrado que encumbrar, ser regalado que regalar..., y, aunque a la larga el mismo hombre es consciente de que todas estas cosas no acaban de satisfacerle, le resulta, cada vez más difícil y doloroso, oponerse a su fatal atractivo y seducción.

Y en tales circunstancias, para ser verdaderamente *libre* en la decisión y para seguir apostando por inversiones de futuro, hace falta una gran capacidad de fortaleza. Por otra parte, la resurrección al mundo del otro – que en ello consiste en definitiva el amor – sólo es posible también en la medida en que uno mismo va muriendo a sus “yoísmos”. La *capacidad de amar* está en relación directa con la *capacidad de fortaleza* que se necesita para decirse “no” a sí mismo.

Desde ese *sentimiento dramático de la vida* que todo hombre experimenta ante la disyuntiva de *crecer* por el amor o de *enanizarse* por el egoísmo, encuentran precisamente su verdadero sentido antropológico algunas de las expresiones radicales, paradójicas y, hasta aparentemente, enigmáticas del evangelio:

- *Entrad por la entrada estrecha; porque ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición, y son muchos los que entran por ella; mas ¡qué estrecha la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida!; y pocos son los que la encuentran*⁵.
- *Si alguno quiere venir en pos de mí – decía Jesús –, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la*

⁴ Cf. Gn. 3, 1-24. Cf. también VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana*. Separata de Pastor Bonus, p. 60-61 y 90-91.

⁵ Mt. 7,13-14. Este texto de Mateo puede ser meditado a la luz de Dt. 30, 15-20 y Sal. 1, 1-6, donde se percibe también la disyuntiva “agónica” entre *vida - muerte* en que se debate constantemente el hombre.

*perderá; pero quien pierda su vida por mí, ese la salvará: pues ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?*⁶.

• *Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere, da mucho fruto. El que ama su vida, la pierde; el que odia su vida en este mundo, la guardará para una vida eterna*⁷.

La primera tradición cristiana se hace repetidamente eco de la necesidad que tiene el hombre de ser fuerte para encontrar sentido a su vida:

- *Si obrando el bien soportáis el sufrimiento – dice Pedro –, esto es cosa bella ante Dios. Pues para esto habéis sido llamados, ya que también Cristo sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo para que sigáis sus huellas*⁸.
- *Feliz el hombre que soporta la prueba – escribe Santiago aludiendo claramente a la octava bienaventuranza –, pues recibirá la corona de la vida que ha prometido el Señor a los que le aman*⁹.

No obstante, quien expresa con más sentimiento personal la necesidad de *fortaleza* que tiene todo hombre en su proceso de maduración personal, es, una vez más, el apóstol Pablo:

- *No me dejaré dominar por nada – confiesa primero*¹⁰.
- *Los atletas – añade después haciendo gala de sus conocimientos deportivos*¹¹ – *se privan de todo, por una corona corruptible... Así pues, yo corro, no como a la aventura; y ejerzo el pugilato, no como dando golpes*

⁶ Lc. 9,23-25. Cf. VIVES, J.A., *Identidad Amigoniana*, FUNLAM, Medellín 1998 p. 11-13.

⁷ Jn. 12, 24-25. Teniendo presente – como ya se ha visto – que vida eterna no indica básicamente en Juan *ultratemporalidad*, sino *vida en feliz plenitud* (cf. VIVES, J.A., *La Felicidad como referente*, supra, p. 7-8) y que el concepto *mundo* es en él más *teológico* que *geográfico*, este verso 25 habría que interpretarlo así: el que busca su vida, es decir, el que se busca a sí mismo, se pierde; mientras que el que, rompiendo con los criterios del mundo, da su vida, es decir, se *desvive* por los demás acaba recuperando su misma vida en plenitud (cf. Jn. 10, 17-18).

⁸ 1 Pe. 2, 20b-21.

⁹ St. 1, 12. Cf. también: Mt. 5,10-12 y Ap. 2,10.

¹⁰ 1 Co. 6,12b.

¹¹ A la hora de referirse al proceso de crecimiento que debe recorrer la persona hasta llegar a la *madurez de la plenitud de Cristo* (Cf. Ef. 4, 13 y 24; Col. 3,11 y 2 Co. 4,16), Pablo suele emplear dos comparaciones. Unas de ellas, inspirada quizá en aquello de que *la vida del hombre es milicia* (Job 7,1), tiende a presentar dicho proceso como un combate (cf. Rom. 13,12; 1 Co. 9,27; 2 Co. 10,3-4; Ef. 6,10-13; Col. 1,29; 1 Tim. 1,18 y 6,12). La otra, cual es el caso presente, lo asemeja a una *competición deportiva* (cf. 1 Co. 9,24-26, Gal. 2,2 y 5,7; Filp. 2,16 y 3,13-14; Tim. 2,4-5 y 4,7-8).

*en el vacío; sino que golpeo mi cuerpo y lo esclavizo; no sea que... resulte descalificado yo mismo*¹².

2. La educación de la voluntad

Dado el dramatismo estructural del hombre – al que arriba se ha hecho referencia –, es obvio que una educación integral y armoniosa, encaminada a favorecer un crecimiento en alteridad y en amor, y a potenciar un ejercicio cada vez más consciente y pleno de la propia libertad, no puede eludir la maduración de la capacidad de fortaleza en la persona.

La tradición pedagógica amigoniana – partiendo de un *sentido realista de la existencia*¹³ – ha considerado siempre la educación de la fortaleza, de la reciedumbre de ánimo, como uno de los pilares irrenunciables del propio sistema educativo¹⁴ y se ha referido clásicamente a ella como *educación de la voluntad*:

La educación del corazón – escribía el padre Valentín – ha de culminar en la formación del carácter que es el hábito de la firmeza de la voluntad cristalizada en el alma humana. Educar sin echar esas bases, sería edificar sobre arena.

*El buen educador jamás debe olvidar que la voluntad es la suprema directora del hombre..., el poder ejecutivo del alma humana... Ella es la que lleva al hombre a la victoria y a la derrota*¹⁵.

*De aquí la gran importancia del sistema preventivo que exige se fortalezca en el niño la voluntad, enseñándole a “querer” con toda su alma, a conseguir “victorias diarias” sobre sus instintos...; a curtirse al sol del cumplimiento del deber, del sacrificio...; en una palabra, a grabar en sí con el cincel del hábito un carácter fuerte y varonil*¹⁶.

*Hay que ir desarrollando en el niño el “espíritu” de lucha contra todo lo que es bajo y degradante, y por otra parte despertando en él ese sentimiento de “altivez y de audacia” que se llama “valor”, sentimiento que duerme latente en todo pecho juvenil*¹⁷.

¹² 1 Co. 9,26-27: Leer también este texto a la luz de Filp. 3.13-21; Hb. 12,1 y Ap. 3,10-11.

¹³ Cf. VIVES, J.A., *Testigos del amor de Cristo*, p. 250-251.

¹⁴ Cf. VIVES, J.A., *Testigos del amor de Cristo*, p. 353-354.

¹⁵ TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.138.

¹⁶ TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.139.

¹⁷ TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.141. Cf también *ibidem*, n. 12.401 y 12.448.

A fin de favorecer dicha educación de la voluntad, que – como arriba se indicaba – no es sino una dimensión de la misma *educación del corazón*¹⁸, es decir, del *sentimiento humano*¹⁹, el sistema amigoniano se ha servido tradicionalmente de métodos – como el así llamado de *los vales*²⁰ – que le han conferido históricamente un tono *conductista*.

Sin embargo, sin renunciar a los aportes positivos y terapéuticos que el conductismo puede reportar a la educación de los niños y jóvenes en conflicto²¹, la pedagogía amigoniana no se ha propuesto nunca como objetivo el mero cambio de conducta del alumno, sino que ha perseguido en todo momento el cambio en sus actitudes y la educación de su libertad personal desde el fortalecimiento de la propia capacidad de autodeterminación. La máxima clásica en este sentido ha sido: *a mayor responsabilidad, mayor libertad*²². El mismo padre Valentín – anteriormente ya citado – explicaba así todo esto entre los años 1933 - 1934:

La vigilancia llena de amor es una verdadera necesidad, especialmente en aquellos años en que el muchacho... necesita un maestro, un guía, un protector.

La vigilancia, sin embargo, no ha de ser igual para todos..., sino que variará según su temperamento, hábitos y condiciones especiales... Deberá regularse sobre la conducta del niño de tal modo, que si éste abusa de su libertad se afirme sobre él la vigilancia disciplinaria, mas si usa bien de su libertad, tal vigilancia se aminore, se aminore hasta casi extinguirse.

Sepa el educador que a medida que el niño va creciendo y va adquiriendo el uso de su libre albedrío es preciso apelar con frecuencia a su razón, mas que al régimen disciplinario.

También es menester apelar... a los sentimientos nobles y generosos del alumno... Excusado es decir cómo se esfuerzan los mismos alumnos por merecer la confianza de sus superiores y acrecentar en sí el sentimiento de la propia responsabilidad.

Si la vigilancia... se propasase de su justo límite, entorpecería en el educando el libre desarrollo de sus fuerzas y actividades... y sería desastrosa para la educación de su voluntad y perjudicial para la formación

¹⁸ TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.138 y 12.088.

¹⁹ Cf. VIVES, J.A., *La educación del sentimiento*, supra, p. 14.

²⁰ El sistema de vales se encaminaba a *educar al alumno para la vida*, enseñándole que en ésta *todo cuesta, todo tiene su precio y nada se da de balde* (cf CABANES, V., *Observación psicológica y reeducación de menores*, Vitoria 1940, p. 124).

²¹ El *conductismo*, dentro del campo de la educación terapéutica orientada al mundo de los menores en problema, se ha mostrado como un sistema muy válido y eficaz para favorecer, entre otros, toda una serie de *hábitos básicos e imprescindibles*.

²² Cf. CABANES, V., *Observación psicológica y reeducación de menores*, Vitoria 1940, p. 121-126.

de su carácter.. “no se puede sustituir la conciencia personal del alumno, por una conciencia puramente exterior”. Y a tan deplorable resultado se puede llegar por una “vigilancia demasiado meticulosa” que preciándose de verlo todo, resta eficacia a la conciencia propia del alumno. Sería, en tal caso, una “acción maléfica, por lo destructora”²³.

3. El sentimiento de la fortaleza en la posmodernidad

Unas de las características mas notorias de la actual cultura es – como ya se ha señalado – la de evitar sistemáticamente toda referencia al dolor, al sacrificio, a la renuncia..., como si se tratara de temas *tabú*. Es por ello que ha sido calificada de cultura *light*. Se exalta en ella *lo ligero*, lo suave, lo placentero y gratificante. Pero no obstante el silencio cultural que se ha querido imponer, la estructura humana no ha cambiado, como es natural, y la misma realidad cotidiana, el mismo entramado social, la misma vida, en una palabra, es por esencia *competitiva* y sólo los preparados para el *esfuerzo* y adiestrados de alguna manera en el arte del autodomimo y de la superación logran abrirse camino en ella. Y se da incluso, paradójicamente, la circunstancia de que la sociedad actual es, “a la hora de la verdad”, muy exigente. Hoy en día, por ejemplo, los escasos puestos disponibles de trabajo, si no se conceden por “enchufe”, están destinados a los mejores. La *dureza* que se quiere evitar en el discurso vital está altamente presente en la realidad diaria y la *exigencia* que no se quiere anunciar en los “spots” publicitarios, la vida misma se encarga de ir planteándola a cada uno²⁴. Y es ésta quizá la causa de tantas decepciones y desencantos – inmersos con frecuencia en el mundo de la droga – como se dan hoy entre los jóvenes. Se les ilusiona con un mundo – dominado por los agradables tonos del *azul* y el *rosa* – que no descubren después en una realidad multicolor en la que no faltan tampoco otros tonos más grises y tristes. Y entonces, necesitan seguir *soñando* en un mundo de fantasía, pues no se les ha ido educando para aceptar el mundo real *con sus mieles y sus hieles*.

En la misma formacion a la *vida consagrada* se ha ido ladeando preocupantemente todo lo relativo al valor de la fortaleza, o de la *entereza de ánimo*. Se ha pasado de un enfatizar de forma excesiva – rayante en ocasiones en un malsano masoquismo – lo relativo al *sacrificio*, a un silenciar peligrosamente la *cruz*, como dimensión substancial del misterio pascual. Y se quiera, o no, la estructura humana se asienta – como repetidamente se ha visto – en ese

²³ Cf. TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.124, 12.126, 12.127 y 12.128.

²⁴ Cf. VIVES, J.A., *Jesucristo, Verdad del hombre*, en *Pastor Bonus*, 47 (1998) 98, p. 15-21.

dramatismo que todo hombre experimenta como consecuencia del deseo contradictorio que siente entre *el darse y el retenerse*, entre *el crecer y el enanizarse*, entre *el amar y el amarse*.

La *vida consagrada*, tras haber desechado con muy buen criterio muchas de las tradicionales *prácticas penitenciales* – desprovistas con el paso del tiempo de su genuino espíritu pascual –, necesita encontrar la manera de favorecer entre sus miembros una verdadera e ineludible autoformación en *fortaleza*. Sólo la persona *fuerte*²⁵ es capaz de emprender con decisión y coherencia la *aventura de amor* que supone el propio crecimiento humano y cristiano.

4. *Fortaleza, sin prepotencia*

Sin embargo, la formación en el espíritu de fortaleza – como la educación misma de todo sentimiento humano²⁶ – debe surgir del amor y orientarse a él. El amor es la única *verdad* del hombre y sólo desde él adquieren los demás sentimientos y valores su *sello de autenticidad*²⁷. La sinceridad que no surge del amor ni ayuda a crecer en amor, no es sincera; como no es verdadero tampoco el sacrificio que no contribuye al crecimiento en el amor. *Ya pudiera yo dejarme quemar vivo* – dice Pablo en el paroxismo de su canto –, *si no tengo amor nada soy y de nada me sirve*²⁸.

Todo crecimiento humano a la luz de Cristo encuentra en el amor su verdadero quicio: *Creced* – dice el mismo Pablo – *para servir mejor*²⁹. La fortaleza surgida o desarrollada al margen del sentimiento integrador del amor *no hace fuerte* a la persona, sino que la torna *prepotente*. Pues cuando la educación de la voluntad no está armonizada por el amor, se transforma en *voluntarismo*. Y en éste, el centro del desarrollo no es un *yo en apertura*, que crece en la medida en que se encuentra con el otro, sino un *yo sin horizontes*, que, a base de dar vueltas alrededor de sí mismo, se va enanizando a pasos agigantados.

El voluntarismo – como *fuerza ciega* que es – deshumaniza progresivamente al hombre mismo. ¡Cuántas personas “buenas” son inhumanas porque su “bondad” es fruto de una voluntad de superación nacida al margen de todo

²⁵ Respecto a la *persona fuerte* puede meditar el canto que el Libro de los Proverbios (31,10-31) dedica a la mujer. Esta aparece en dicho canto como un ser en *constante actividad* (v. 12. 18. 27), que se compromete con los más variados servicios de la casa (v. 13. 17. 19. 22. 24) que tiene un corazón abierto a todos y especialmente a los más necesitados (v. 20) y que posee, en fin, la suficiente calidad humana para *desvivirse* y dar así vida abundante a quienes están en su entorno.

²⁶ Cf. VIVES, J.A., *La educación del sentimiento*, supra, p. 14.

²⁷ Cf. VIVES, J.A., *Jesucristo, Verdad del hombre*, en *Pastor Bonus*, 47 (1998) 98, p. 15-21.

²⁸ Cf. 1 Co. 13,3.

sentimiento altruista. El voluntarismo – o la fuerza de voluntad sin corazón – no crea personas amables, sino ariscas; no crea personas agradecidas, sino ingratas; no crea personas humildes, sencillas y serviciales, sino engreídas, orgullosas y dominantes. No hace feliz a la persona, sino infeliz; no la hace serena, sino irascible.

Los fundamentalismos de tipo religioso siempre tienen en su raíz una fuerte dosis de *moralismo*, que alienta un voluntarismo sin corazón y propicia el desarrollo de los más variados tipos de fariseísmo. Cuando la ascética no surge – como se veía en el tema anterior²⁹ – de la *mística del sentirse amado y querido por Dios* desemboca con demasiada frecuencia en voluntarismo que hace sentirse y creerse a la persona, *prepotente*.

²⁹ Cf. 1 Co. 14,12.

³⁰ Cf. VIVES, J.A., *La educación del sentimiento*, supra, p. 11-18.

EN AMBIENTE DE FAMILIA*

En orden a una armónica e integral maduración de la persona en humanidad y en amor, la tradición pedagógica amigoniana – fiel una vez más a sus raíces, cristianas por cultura y por fe, – ha resaltado desde sus orígenes la importancia de la familia o grupo educativo.

El cristianismo, por su propia naturaleza – por orientarse precisamente a favorecer que la persona vaya *creciendo en amor* y pueda reproducir así, lo menos empañada posible, la imagen del *Dios Amor* que la creó a su semejanza –, es *comunitario*.

El mismo Dios cristiano – a través del misterio de la Trinidad – se presenta ante el hombre como un *Dios – comunidad*, como un *Dios – familia*, como un Dios, que *siendo uno solo, no es un Dios solitario*, pues su misma *identidad de amor* implica en Él, de alguna manera, la alteridad.

También Cristo – evidenciando con ello la importancia de los “otros” de cara a un armónico e integral crecimiento humano –, no sólo quiso nacer en el seno de una familia – donde fue *creciendo en sabiduría y gracia delante de Dios y de los hombres*¹ –, sino que inició, además, su vida pública escogiéndose como compañeros un grupo de discípulos y amigos², e hizo su primera presentación en sociedad, rodeado de aquéllos³, que le acompañarían ya – con mayor o menor fidelidad – durante todo su peregrinaje terreno⁴.

Pretender *educar en amor*, en solitario, es una utopía. Y lo que se dice del amor en general puede afirmarse igualmente de cada uno de los *valores* en particular, o, si se prefiere, de lo que en esta serie de artículos se ha denominado *educación del sentimiento*⁵. Todos los *valores* exaltados por la tradición cristiana – por cuanto que se relacionan esencialmente con el núcleo del amor, en el que en realidad se *aprecian*⁶ – tienen una fundamental dimensión de alteridad y sólo se pueden aprender⁷ y experimentar junto a los demás.

* Godella, EPLA, 1 de octubre de 1999. 65 aniversario del Tránsito del Padre Fundador.

¹ Cf. Lc. 2, 52.

² Cf. Jn. 1, 38-51 y Mt. 4, 18-22.

³ Cf. Jn. 2, 2.

⁴ Cf. Jn. 15, 9-17 y 17, 6-20.

⁵ Cf. *La Educación del sentimiento*, supra, p. 11-17, esp. nota 19.

⁶ El verbo *apreciar* se usa aquí en su sentido más etimológico de *poner precio*, de *aumentar el valor o cotización*. Recordemos una vez más el *si no tengo amor, nada vale* de Pablo (cf. 1Co. 13,3). Cf. *Con responsabilidad y fortaleza*, supra, esp. notas 27 y 28, p. 25.

⁷ El verbo *aprender* quiere indicar aquí la acción de *hacer propia* o *asimilar* una realidad.

1. Educar en familia

La familia – como *iglesia doméstica*, como comunidad básica de vida y de fe – ha sido siempre, para la cultura cristiana, el ámbito primordial y básico para favorecer el proceso educativo de la persona hacia la adultez del propio proyecto humano.

Y la tradición amigoniana no sólo recogió doctrinalmente dicha creencia⁸, sino que la integró adecuadamente dentro de su *sistema pedagógico*, ideando unos *grupos educativos* que puedan reproducir, con la mayor fidelidad posible, el ambiente propio de las *familias*:

– *El primer ambiente natural y necesario de la educación* – decía en 1934 el padre Valentín – *es la familia. De modo que regularmente la educación más eficaz y duradera es la que se recibe en ella... Y ¿qué hacemos nosotros en los reformatorios sino sustituir a las familias...? La ley de menores... busca un centro donde colocar a los muchachos “como en familia”. Por tanto, nosotros venimos a... constituirnos como los padres de nuestros alumnos⁹. Tan es así, que hasta han desaparecido, felizmente, esas agrupaciones numerosas de alumnos en secciones y han sido sustituidos por grupos de quince o veinte...¹⁰.*

– *El régimen y el marco de nuestra secciones, o grupos educativos* – afirma el padre Vicente en su libro “Observación Psicológica y Reeducción de Menores” – *da la impresión de una vida íntima, de una vida familiar. Para nosotros es básico el régimen familiar...*

La vida de familia es necesaria en cualquiera de nuestros reformatorios... Si los educadores deben de hacer en ellos las veces y oficio de padres de sus alumnos, difícil será hacerlo si la organización no corresponde a un criterio familiar. Los alumnos de un reformatorio carecen de hogar o no pueden vivir en él; de aquí la necesidad de suplir tal deficiencia, dando la sensación de un verdadero hogar familiar. Nada de grandes caserones y de secciones numerosas donde impera la disciplina cuartelaria¹¹.

La creación de un tal ambiente familiar, sin embargo, aunque se ha visto favorecido incluso por una distribución física agradable, *saturada de verdor* y

⁸ Cf. especialmente, TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.064 y 12.068, donde citando a Siurot, dice, entre otras cosas: *La educación nace y se constituye en el hogar y la madre es la eterna educadora del alma.*

⁹ Hay aquí una clara referencia a las propias constituciones de la Congregación, que, desde 1910, decían: *los religiosos harán en la Escuela las veces de padre de los alumnos, teniéndoles las atenciones que necesiten y tratándoles con verdadero cariño* (Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Constituciones de 1910*, n. 252).

¹⁰ Cf. TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.068.

¹¹ Cf. CABANES, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 14.865.

*llena de vida*¹², ha sido, ante todo y tradicionalmente, el resultado del *sentimiento educativo* que han hecho propio y han testimoniado en sus actuaciones los educadores amigonianos¹³.

2. Educar a través del grupo

El grupo social – ya sea de carácter familiar, o más amplio – aparte de constituir un ámbito imprescindible para el armónico crecimiento humano, se convierte también, de alguna manera, en una especie de *educador - corporativo*.

Es evidente que en el normal y complejo entramado social, el protagonismo de la educación de los miembros más jóvenes, aunque corresponda primordialmente a los padres de familia, es ejercido y compartido por otros estamentos, como puede ser la escuela, el barrio o el grupo de amigos.

Por otra parte, hoy en día – y como influencia de una cierta cultura tendente a relativizar cada vez más el primordial papel de los padres y de la familia en la educación –, se ha reforzado de tal manera en la práctica la importancia del *grupo de pares*, que, en algunos ambientes¹⁴, es fácil apreciar cómo los verdaderos educadores de los jóvenes son, de hecho, sus mismos amigos.

La tradición pedagógica amigoniana – sin caer, por supuesto, en el extremismo de esta última tendencia cultural, y sin desvirtuar el rol del educador, delegando en el grupo las funciones educativas que le corresponden a él, personalmente – ha reconocido de forma constante el importante papel que tiene el grupo, como tal, de cara al crecimiento y moderación de cada uno de sus miembros.

A través, principalmente, del deporte y de otras actividades recreativas y culturales comunitarias, la pedagogía amigoniana ha fomentado – de forma constante a lo largo de su historia – que todos los integrantes del mismo grupo educativo colaborasen a crecer mutuamente en valores, a limarse unos a otros los egoísmos y las asperezas de carácter, y a educarse comunitariamente para vivir en sociedad, reconociendo, en la práctica, toda una serie de derechos y obligaciones.

En este sentido, ha sido aleccionador el comprobar cómo muchas de las grandes *lecciones de vida*, los alumnos las fueron asimilado con más naturalidad

¹² Cf. CABANES, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, esp. n. 14.204 - 14.207 y 14.866.

¹³ Cf. *Espiritualidad Amigoniana*, (Manual de Espiritualidad), n. 172. El tema se profundizará en *Acompañantes y Testigos*.

¹⁴ Al hablar aquí de ambientes, no me refiero necesariamente a ambientes problemáticos o desestructurados. El fenómeno arriba mencionado se da hoy incluso, como diría el refrán, *entre las mejores familias*.

y eficacia cuando provenían espontáneamente del grupo de compañeros, que cuando le habían sido “dictadas”, de alguna manera, por el “educador”.

Y toda esta experiencia del quehacer amigoniano – que ha sabido hacer del grupo mismo un agente educativo – puede constituir un buen aporte al mundo de la pedagogía, en un momento histórico, en que muchas de sus escuelas – y particularmente las que se centran en la recuperación de los jóvenes drogodependientes – están resaltando el valor de las *terapias grupales*, prefiriéndolas, en muchos casos, a otra *de tipo más individual*, que, en ocasiones, favorecen más el desarrollo de un *ego*, que el de un *nosotros*¹⁵.

3. *Educar hacia la sociedad*

Uno de los lemas educativos más asumidos tradicionalmente por la pedagogía amigoniana ha sido el de *educar para la vida*¹⁶.

Sin embargo, dicha educación para la vida – con ser ello muy importante y, en ocasiones, imprescindible – no puede limitarse, como clásicamente se hacía, por lo general, hasta la segunda mitad del presente siglo, a un capacitar laboralmente al alumno y a un inculcarles unos adecuados comportamientos sociales.

La educación para la vida no puede realizarse cabal e integralmente sin una colaboración activa de los distintos estamentos sociales relacionados con el alumno. Y quizá ha sido la falta de esta colaboración integral, la que ha significado una de las más evidentes limitaciones históricas de la pedagogía amigoniana, que con cierta frecuencia, ha sido tan celosa por salvaguardar la independencia del trabajo educativo realizado en el internado y la intimidad de los propios centros, que ha podido dar la sensación de que educaba al margen de la vida social¹⁷.

Con el tiempo, la pedagogía amigoniana fue asumiendo la dimensión social que debe tener toda educación para ser integral y, de tal manera desarrolló esta dimensión en determinados tipos de actuación en medios abiertos y en trabajos de calle y barrio, que comenzó a acuñarse en su seno la expresión *reeducar* –

¹⁵ Las terapias individuales, aplicadas indiscriminadamente y sin una visión antropológica abierta y encaminada al crecimiento de la persona como *ser en relación*, más que favorecer la expansión de la persona hacia los demás, han alimentando toda una serie de *egoísmos*, que la han ido *enanizando* progresivamente.

¹⁶ Cf. TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.143; 12.401 y 12.448. Cf. también TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de Usos y Costumbres de 1933 y 1946*, n. 214 y *Espiritualidad Amigoniana* (Manual de Espiritualidad), n. 167.

¹⁷ Cf. VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana*, en separata, p. 52.

*resocializando*¹⁸. No obstante, fue a partir fundamentalmente del trabajo terapéutico desarrollado por la pedagogía amigoniana en el mundo de las drogodependencias, cuando se percibió con toda claridad la necesidad de dar su verdadera importancia a dicha dimensión social, incorporando para ello – en la medida de lo posible y de forma activa – a la familia y al propio ambiente social que la rodea, en los programas de recuperación de los menores internados por conflictos con la ley.

Y la importancia de una tal apertura de la pedagogía al ambiente social de los menores atendidos en los internados, pienso que puede ser refrendada también, de alguna manera, desde los mismos textos del evangelio, que inspiraron nuclearmente el nacimiento y posterior desarrollo del *sentimiento pedagógico amigoniano*¹⁹.

Los textos a los que me refiero, son particularmente las tres parábolas con que el evangelista Lucas elabora una misma unidad temática²⁰.

En las tres aparece indefectiblemente, como final del relato, la celebración de una reunión festiva y jovial.

Ni el pastor, ni la mujer y ni mucho menos el padre, resisten a la tendencia natural que todo hombre experimenta a compartir y a participar a los amigos, a los vecinos, a los de casa, su alegría por la recuperación del bien perdido²¹. Entre los festejos organizados por esos tres personajes²² sobresale sin embargo, por la expresividad y viveza de los sentimientos, el tercero de ellos, en el que se celebra “a bombo y platillo” el hecho de que el hijo pequeño *estaba muerto y había vuelto a la vida*²³.

Además, no es difícil apreciar, en ese tercer relato, cómo la fiesta que organiza “con los de casa” el padre de la parábola, no es sólo una ocasión para poder compartir con sus próximos la alegría que él mismo siente por el hijo recuperado, sino que constituye al mismo tiempo una especie de *nueva presentación* de su hijo en *sociedad*. Una nueva presentación social en la que el padre busca fundamentalmente que su hijo se sienta acogido y querido, no sólo por él mismo – que como padre le ha permanecido siempre *fiel* y lo ha amado *a la medida*²⁴ –, sino también por “todos los de la casa”, por su propio ambiente

¹⁸ Esto que aquí se afirma se inició históricamente, dentro del amplio campo de la pedagogía amigoniana, con el trabajo desarrollado por la Congregación en el barrio marginal Auf den Hügel, de la ciudad de Bonn, capital de la entonces, República Federal de Alemania.

¹⁹ Cf. *Espiritualidad Amigoniana* (Manual de Espiritualidad), n. 157-172 y 187-199, especialmente.

²⁰ Cf. Lc. 15, 1-32, donde aparecen las parábolas de la oveja perdida, de la dracma perdida y del padre misericordioso.

²¹ Cf. VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana*, en separata, p. 50.

²² Cf. Lc. 15, 6. 9. 23-32.

²³ Cf. Lc. 15, 24 y 32.

²⁴ Cf. VIVES, J.A., *Padre del Verdad*, en Pastor Bonus 47 (1998) p. 30-33.

social. Una nueva presentación que, por otra parte, requiere, por lo general – como se evidencia en la misma parábola a través de la actitud del hijo mayor²⁵ – una terapia educativa que prepare a los distintos miembros del entorno de la apersona en conflicto – particularmente a los padres y a los hermanos – para que sepan acoger adecuadamente al que vuelve y puedan ofrecerle un ambiente renovado.

Y para concluir, quisiera hacer del valor que aquí se ha reflexionado – y que es vertebral también dentro del sistema pedagógico amigoniano – una aplicación al campo mismo de la formación a la vida religiosa. Y quisiera, además hacer dicha aplicación desde las tres perspectivas que se han ido viendo.

En primer lugar es claro que la formación de los nuevos religiosos amigonianos llamados a contribuir eficazmente a la creación de grupos educativos verdaderamente familiares – debe realizarse en un ambiente comunitario en el que sobresalgan los valores evangélicos y franciscanos de la *familiaridad y llaneza, del cariño, comprensión y servicialidad fraternos*, y de la *alegría y jovialidad* características de quienes se sienten realizados en su vida²⁶. Si la vida fraterna no ayuda a seguir desarrollando los valores más característicos del *sentimiento humano y cristiano* – que previa y primordialmente se han debido asimilar en el seno de la familia natural – será imposible que el nuevo religioso sea verdadero agente de cara a la creación de un ambiente familiar entre sus muchachos.

Por otra parte, a la luz también del propio patrimonio pedagógico, se debe utilizar adecuadamente en las mismas etapas iniciales de formación a la vida consagrada, la fuerza educativa que tiene, por propia naturaleza, el grupo de pares o la misma comunidad religiosa²⁷. No cabe duda de que *sin pretenderlo ni quererlo* – como diría nuestro Padre Fundador – unos a otros nos vamos educando no sólo con las alegrías que compartimos, sino también con las *crucecitas que unos a otros nos ofrecemos*²⁸.

Finalmente, no puede olvidarse tampoco que la formación a la vida religiosa debe de estar claramente orientada hacia el crecimiento constante de la persona

²⁵ Cf. Puede ser aleccionador al respecto, el diálogo que mantienen, a las puertas mismas del convite, el padre y el hijo mayor. Las palabras del padre se dirigen en todo momento a que su hijo cambie no sólo las ideas, sino fundamentalmente los sentimientos y pueda acoger así, con corazón amplio, a su hermano pequeño (Cf. Lc. 15, 28-32).

²⁶ Cf. *Espiritualidad Amigoniana* (Manual de Espiritualidad), n. 227-241. Cf. también *Constituciones de 1995*, n. 36. 38 y 69.

²⁷ Es indudable que la *capacidad educativa* de que aquí se habla es más fuerte en el *grupo de pares* que en aquel más heterogéneo de una comunidad religiosa en el que se mezclan distintas edades. De aquí la importancia que puede tener el que las etapas iniciales se realicen en la medida de lo posible *collegialiter* y con grupos lo suficientemente numerosos.

²⁸ Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 1806. Cf. También *Espiritualidad Amigoniana* (Manual de Espiritualidad), n. 232-234 y *Constituciones de 1995*, n. 42. 69.

en sociabilidad. Y este crecimiento constante se favorece tanto cuando se prepara a los nuevos miembros a *vivir en comunidad*, como cuando los religiosos, sea cual sea su edad, se sienten dispuestos y gozosos a acoger nuevos miembros en sus comunidades, y saben hacer de sus vidas y de la misma vivencia fraterna, el principal atractivo para nuevas vocaciones²⁹. Como sucede siempre en la educación del sentimiento y de los valores, o se crece constantemente, o constantemente se disminuye. Una comunidad que va perdiendo su capacidad de seguir creciendo en sociabilidad proclama bien a las claras que es una comunidad en alarmante proceso de desidentificación religiosa, cristiana y, por ende, humana. La pérdida de capacidad de acogida sería, en este sentido, uno de los signos más evidentes de decrepitud.

²⁹ Cf. *Espiritualidad Amigoniana* (Manual de Espiritualidad), n. 245-248. Cf. *Constituciones de 1995*, n. 65, 69 y 70.

ACOMPAÑANTES Y TESTIGOS*

Poco a poco se ha llegado al final de esta serie de reflexiones articuladas en torno a la educación *en libertad y para la libertad*. Una educación que supone acompañar de cerca al educando en el proceso de asumir el *protagonismo* que le corresponde en la irrepetible aventura de su propia maduración personal, siendo *fuerte* para saber preferir lo que le ayuda a encontrar sentido a su vida y a saborear con placer el propio *ser*, frente a lo que acaba sumiendo en un sin sentido esencial y existencial por sabrosas y placenteras que puedan ser las sensaciones del momento. Una educación, en fin, que supone madurar integralmente y profundamente en *sentimiento* y en humanidad, reflejando así, en el propio ser y hacer, aquellos matices que distinguen un crecimiento armónico *desde la verdad del amor* y que son, en definitiva, los valores que ayudan a identificar el *amor de verdad*¹.

Tal educación para la *libertad* y hacia la *felicidad*, en *fortaleza* y, sobre todo, en *sentimiento*, en humanidad, implica por otra parte que los educadores – como en su momento se ha dejado dicho² – sean, de alguna manera, *expertos en humanidad y profetas del sentimiento humano* para que, desde su mismo ser, puedan constituirse en *acompañantes y testigos* del sentimiento, de los valores, que plenifican y hacen feliz al hombre.

El mundo actual – suele decirse –, cansado de maestros, necesita de testigos. Lo cierto es que sólo desde el sentimiento se educa el sentimiento³. El amor no se enseña, se transmite. El mismo Cristo, consciente de que su misión consistía, más que en dar a conocer una doctrina, en transmitir un mensaje – *una sabiduría vital* –, cuando los primeros discípulos le interrogan acerca de “lo suyo” les responde sin dudar: “*venid y veréis*”⁴. Y sólo cuando fueron y vieron, y sólo en la medida en que *se sintieron acogidos y contemplaron*, hecho vida en sí mismos, el cariño, el *sentimiento* de quien les había invitado a “su casa”⁵, decidieron quedarse. Aquel cariño y aquel *sentimiento*, al tiempo que iluminó su *ser* de gozo y felicidad, les impulsó a proclamar y ser testigos ante los demás de aquello mismo que ellos habían hallado y experimentado⁶.

* Medellín, 8 de noviembre de 1999. 15º aniversario del nacimiento de la FUNLAM.

¹ Cf. VIVES, J.A., *Trilogía Jubilar*, en *Pastor Bonus* 47 (1998), p. 15-23 especialmente, e *Identidad Amigoniense* FUNLAM, Medellín, 1998 p. 14-21.

² Cf. VIVES, J.A., *La educación del sentimiento*, supra p. 11-17.

³ Cf. VIVES, J.A., *La educación del sentimiento*, supra p. 14-15.

⁴ Cf. Jn. 1, 39.

⁵ Cf. Sobre el significado íntimo que tiene en el Nuevo Testamento el recibir en la propia casa, puede consultarse, entre otros: Lc. 19, 5-7 y Jn. 19, 27.

⁶ Jn. 1, 41 y 45-46.

Y esa forma de “enseñar” de Cristo, encaminada a iluminar más el corazón que la mente de los discípulos, se hizo, de alguna manera, clásica en todos aquellos sistemas pedagógicos que – inspirados en el Evangelio – persiguen formar integralmente al hombre, no contentándose en ilustrar sus conocimientos o con perfeccionar sus potencialidades de tipo intelectual o físico. Todos ellos, además, para mejor conseguir su fin, han proclamado – con mayor o menor énfasis – la necesidad de que los educadores – llamados a transmitir humanismo, sentimiento humano – fuesen testigos creíbles de ese mismo sentimiento.

También la escuela amigoniana – siendo coherente y consecuente con su *ser cristiano* y, a más abundar, *franciscano*⁷ – hizo del *talante humano y humanista* de sus educadores un presupuesto fundante de toda acción educativa, y ese mismo talante – capaz de transformar el cotidiano quehacer pedagógico *en arte y en poesía*⁸ – ha sido, sin lugar a dudas, el mayor aporte que dicha escuela ha podido hacer a la educación de los menores en situación de riesgo o de conflicto⁹. Y es precisamente ese talante – típico de la *amigonianidad*¹⁰ – el que se va a profundizar a continuación a través de aquellos valores que lo han identificado con más propiedad y casticismo.

1. Amor “a la medida”

La misericordia – esa cualidad del amor de verdad que impulsa a apreciar a los demás *como son*, a quererlos “a la medida” de sus necesidades y a tener especial preferencia por quienes presentan mayores carencias¹¹ – es, indudablemente, el primer y principal de los valores que distinguen el crecimiento en sensibilidad y en sentimiento de los educadores amigonianos, e identifican su talante humano y espiritual.

⁷ Para Francisco, el testimonio de amor y humanidad es el mejor y más eficaz de los servicios que se pueden ofrecer al otro en orden a su recuperación personal (cf. Por ejemplo, *1 Regla* 7, 14; 11, 9-10; 16, 5-6; *Leyenda Mayor* 9, 6-9 y *Leyenda de Perusa* 115).

⁸ Cf. VIVES, J.A., *La Emulación*, en *Surgam* (1999) n. 460 p. 3-5 y TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.037, donde se lee: *la Pedagogía no sólo es ciencia, sino también arte... pues “arte suprema se necesita para formar corazones y dirigir los espíritus hacia la perfección... por lo que el maestro debe ser por antonomasia ‘el artista de la educación’”*.

⁹ Cf. VIVES, J.A., *La Emulación*, en *Surgam* (1999) n. 460 p. 4.

¹⁰ Con la acuñación de este término se quiere expresar lo más específico de la *identidad* amigoniana.

¹¹ Cf. VIVES, J.A., *Relación existente entre carisma y pedagogía*, en *Surgam*, (1991) n. 419 p. 12-13.

Animada por la actitud de Cristo – que prefiere a quienes presentan carencias más perentorias¹²; que sabe hacerse el encontradizo con el necesitado y ofrecerle una ayuda eficaz¹³; que supera con creces las exigencias de la mera justicia retributiva¹⁴ y que se preocupa primordialmente porque la persona encuentre de nuevo sentido a su vida y la saboree¹⁵ – e impulsada también por el mismo Padre Luis Amigó – que invita a sus seguidores a *ir, cual zagales del Buen Pastor, tras la oveja descarriada hasta devolverla al aprisco*¹⁶ – la escuela amigoniana fue haciendo del trato cariñoso – adaptado siempre a la necesidad de cada alumno y extremado incluso con los más difíciles – su principal distintivo, como puede fácilmente apreciarse en los siguientes textos:

- *El medio principal* – escribía el padre Bernardino de Alacuás refiriéndose a la educación de los menores – *es la caridad, que es benigna, paciente,... Hay que dejar completamente aparte toda violencia. La suavidad de costumbres – consecuencia de la promulgación del Evangelio – busca... no el castigo del culpable, sino su enmienda*¹⁷.
- *En todo ser humano* – escribía el padre Javier de Valencia – *hay un germen de sentimiento que nosotros desarrollamos... Hace falta mucha paciencia y caridad en el trato con los niños... “más moscas se cazan con miel que con hiel”*¹⁸.
- *Tratado el alumno con el verdadero cariño que requiere la misión de los religiosos* – decían ya en 1910 las Constituciones – *se abrirá su corazón a las enseñanzas que se le insinúen*¹⁹.
- *Entre las cualidades del buen educador* – enseñaba en 1933 el padre Valentín de Torrente – *está la de “amar a los alumnos en Dios y para*

¹² Cf. Mt 9,13 y 18,14; Lc 5,32; 15, 2-4 y 19,10. Esta misma actitud y otras relacionadas directamente con el núcleo de la misericordia, la tradición amigoniana las ha profundizado también a través de la figura de la Virgen de los Dolores que *busca con afán al descarriado y sabe hacerse la encontradiza con el sufriente*. Cf. VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana* (separata) esp. p. 71-74.

¹³ Cf. Lc 10, 29-37.

¹⁴ Cf. Mt 20, 12-14 y Lc 6, 36-38.

¹⁵ Cf. Lc 15, 24, 27, 32 y Jn 10, 10,18.

¹⁶ Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 1831.

¹⁷ Cf. ALACUÁS, B., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.074. Cf. también PAIPORTA, J., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 11.123 y 11.521.

¹⁸ Cf. VALENCIA, J., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.042, 5.043, 5.048 y 5.052.

¹⁹ *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.313 Cf. también *ibidem*, n. 6.184 y 11.124.

Dios”²⁰. Porque si no se ama a los alumnos en Dios y para Dios se bastardea el fin... quien no sienta latir en su corazón el amor, la compasión hacia los pobres muchachos caídos no tiene vocación para dedicar su existencia a la reforma de la juventud...²¹.

- Como la labor pedagógica será tanto más eficaz cuanto sea más a la medida del sujeto a quien se aplica, los inspectores – prescribía en 1933 el Manual de Usos y Costumbres – procurarán individualizar el tratamiento²².

- Este alumno – confiesa Fray Lorenzo poniendo de manifiesto su capacidad para amar más a quien más lo necesitaba – es el que más me ha hecho practicar la humildad... Yo, cosa que no he hecho con nadie, le concedí el azul y los estudios (aunque no se lo merecía). Por ser más “difícil” tengo que quererlo más; esto es lo que dicta la caridad; pero consta que fue producto de un grande esfuerzo moral mío²³.

2. Cercanía de vida y corazón

Junto al valor de la misericordia – y en íntima conexión con él – aparece en la configuración del talante amigoniano aquél otro de la *presencia*.

Luis Amigó – fiel al sentir de Francisco de Asís que había hecho del misterio de la encarnación uno de los quicios de su contemplación de Cristo – consideró siempre la capacidad de *poner la propia tienda junto a los demás*²⁴ y de *identificarse en todo* con ellos, como una de las cualidades más propias del amor²⁵.

Con el tiempo el mismo Luis Amigó – que llegó a sintetizar toda esa dimensión de encarnación en el lema paulino de *hacerse todo para todos*²⁶ –

²⁰ La fórmula *amar en Dios y para Dios* es muy querida por el padre Luis Amigó. Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 351.524.1056.1151.1195 y 1307. Cf. también al respecto, VIVES, J.A., *Testigos del Amor de Cristo*, p. 90-92.

²¹ Cf. TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos* n. 12.031 y 12.464.

²² *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 0.246 Cf. también *ibidem*, n. 9.139. Sobre la importancia de favorecer el tratamiento “a la medida” sin dejarse llevar por generalizaciones del reglamento o de la disciplina, puede consultarse *ibidem*, n.10.016 12.119 - 12.120.

²³ Cf. ALQUERÍA, L., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 8.043. Sobre la preocupación preferencial por los más difíciles puede consultarse también *ibidem*, n. 0.311 donde se trae el antiguo precepto de la pedagogía amigoniana de que ante los casos más rebeldes un educador debía buscar la manera de *hacerse el enconradizo* con dichos alumnos para *hablarles al corazón*.

²⁴ Cf. Jn 1, 14.

²⁵ Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 343 y 783.

²⁶ Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 1020. 1053. 1166. 1819. 1833. 2359 y 2397.

transmitirá a sus seguidores la necesidad que tienen de ser próximos y cercanos a los demás si en verdad se les quiere acompañar en su proceso de maduración personal²⁷.

Posteriormente, la propia tradición amigoniana, que profundizó dicha dimensión de encarnación – a través principalmente de la figura del *Buen Pastor* que *permanece* junto a sus ovejas por adversas que sean las circunstancias²⁸ y de *María* que se mantiene erguida y sin desaliento al pie de la Cruz²⁹ – llegó a constituir la en uno de los matices más expresivos y característicos del propio sentimiento pedagógico. Y fue precisamente esa actitud de *presencia* y *cercanía* constante la que posibilitó desde los inicios esa *relación de empatía* entre educador y educando que ha llegado a ser clásica en la escuela amigoniana y que, tradicionalmente, ha favorecido el mutuo *conocimiento por vía del corazón*³⁰, ha favorecido también la *cordial comunicación* de unos con otros y ha contribuido de forma decisiva a la creación de un típico *clima familiar*.

Por otra parte, dicha *presencia* y *cercanía* se ha ido manifestando fundamentalmente en la historia amigoniana a través de la *cálida y amable acogida* que se ha dispensado a los nuevos ingresos y a través de un *trato cotidiano, entretendido de compartir; de servicialidad; de sensibilidad para captar necesidades; de disponibilidad y solicitud para atenderlas; de normalidad, de sencillez y alegría en las relaciones:*

- *Es de suma importancia* – escribía el padre Valentín de Torrente refiriéndose al momento de la llegada del nuevo alumno – *que encuentre entre nosotros esa acogida atenta, ese cariño, que le hacen abrir las puertas de su corazón... Recíbase, pues, al alumno con muestras de “gran simpatía” por él. Ninguna de sus cosas ha de ser mirada con indiferencia por el inspector; sino al contrario, muéstrase solícito y afanoso por servirle... muéstrasele “un verdadero amor por su reforma”, por su bien*³¹.
- *Aconsejar, sufrir, vigilar y llorar con nuestros alumnos, y reír con sus alegrías: ¡cuántos podréis devolver al regazo amoroso de Cristo, si*

²⁷ Ejemplo de este hacerse todo para todos es, al decir de Luis Amigó, el propio S. Francisco quien *lloraba con los afligidos... buscaba con solicitud más que paternal a otros... y los conducía a todos a la salvación con sus exhortaciones, amonestaciones y, más que todo, con la ternura de su amor* (Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 1020).

²⁸ Cf. Jn 10, 12-14 Cf. también VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana* (separata) p. 43-45.

²⁹ Cf. Jn 19, 25 Cf. también VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana* (separata) p. 74-76.

³⁰ Uno de los lemas del padre Luis Amigó era el de *conocer por experiencia la ciencia del corazón humano* (cf. AMIGÓ, L. *Obras Completas*, n. 2047) y la experiencia educativa demuestra que sólo se conoce en profundidad a las personas por *vía del corazón*, a través de la comunión de sentimientos (Cf. también VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana* (separata) p. 38-41).

³¹ Cf. TORRENTE V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos* n. 12.064 y 12.420 - 12.421. Cf. también *ibidem*, n. 14.204 y 14.866.

procedéis de esta manera! – escribía en 1902 el padre Bernardino de Alacuás refiriéndose ya al trato cotidiano³².

- *Los religiosos* – insistía el padre Domingo de Alboraya poniendo de manifiesto la actitud de presencia y cercanía – *comen con sus alumnos de la misma olla, con ellos trabajan y con ellos se solazan, tomando parte en sus mismos juegos...; les responden cariñosamente y sin reservas, y se establece esa mutua relación de estima y afecto que suavizan y hacen llevaderas las prescripciones del reglamento*³³.

- *Si todos los religiosos de la casa se deben a los alumnos* – rezaba el Manual de 1933 – *de manera especial los primeros inspectores; para ello, parte del tiempo que no estén con sus alumnos, deben dedicarlo a preparar la vida de la sección... informarse sobre los alumnos, hablar con ellos...*³⁴.

- *¿Cuál el lema de nuestro sistema?* – se preguntaba el padre Valentín de Torrente. “*El amor que vigila*” – respondía. Y añadía: “*la vigilancia es como una protección..., mejor aún como un latido maternal siempre solícito por sus hijos*”³⁵.

- *Para adelantar en la corrección de los alumnos* – decía el padre Jorge de Paiporta – *será de utilidad la alegría de carácter en el educador, excelente medio de comunicación entre educadores y educandos*³⁶.

- *Tengamos en cuenta* – razonaba el padre Vicente Cabanes – *que no son las plantas ni las flores sólo, ni son los cuadros... los que hacen una casa de familia acogedora..., es el cariño, la alegría, los brazos abiertos de una madre que oculta las faltas del hijo..., que olvida y recuerda...; este “espíritu de compenetración” es lo que hace acogedora una casa. Y este espíritu existe entre educadores y alumnos de Amurrio. Con ellos viven, comen y juegan; con ellos alternan y forman una familia cuyo hermano mayor es el educador*³⁷.

³² Cf. ALACUÁS, B., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos* n. 3.008.

³³ Cf. ALBORAYA, D., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos* n. 6.251. Cf. también *ibidem*, n. 6.034 y 5.058. 5.061.

³⁴ Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manuales de 1933 y 1946*, n. 247.

³⁵ Cf. TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos* n. 12.154 y 12.123.

³⁶ Cf. PAIPORTA, J., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos* n. 11.126.

³⁷ Cf. CABANES, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos* n. 14.866.

3. Fortaleza de ánimo

La capacidad de amar – como ya se ha dejado dicho³⁸ – está en relación directa con la *capacidad de fortaleza* que se necesita para superar las tendencias más radicales del propio egoísmo.

Y dado que los valores que se han resaltado hasta el momento como más característicos de la amigonianidad – *misericordia* y *presencia* –, están íntimamente injertados en la maduración de la persona en sentimiento humano, en amor, no podía faltar, como es natural, en la configuración del talante educativo amigoniano el imprescindible valor de la fortaleza.

El mismo padre Luis Amigó – consciente de que la fortaleza de ánimo es una dimensión esencial a toda vocación al amor³⁹ – desafía a sus seguidores a que *no teman nunca los despeñaderos y precipicios en que se habrán de poner para salvar la oveja perdida...*⁴⁰, es decir, a que no se echen atrás ante las dificultades y contratiempos que conlleva el acompañar, con cariño fiel y “a la medida”, y con cercanía cordial y constante a los jóvenes en dificultad, en el arduo proceso de su integral maduración humana.

Y ese mismo valor de la fortaleza – madurado por la primera tradición a la luz del *Buen Pastor que da la vida*⁴¹ y del *dolor de María*, que surge espontáneamente de su ser de *madre*⁴² – es considerado también desde los inicios como irrenunciable en la identificación del propio ser amigoniano. Prueba de ello son, entre otras muchas, estas manifestaciones:

- *Dedicados por vocación y animados por la fe y entusiasmo que sienten y alimentan por la consoladora misión que se han impuesto* – escribía ya en 1906 el padre Domingo de Alboraya, refiriéndose a los educadores amigonianos – *estos no perdonan medio ni sacrificio para conseguir el fin que persiguen*⁴³.
- *Bastante ejercicio es para el terciario capuchino, junto con el exacto cumplimiento de sus votos y estatutos* – proclamaba en 1911 el Manual de la Congregación –, *la fiel adaptación de su persona en cuerpo y alma, al*

³⁸ Cf. VIVES, J.A., *Con responsabilidad y fortaleza*, supra p. 19-20. Cf. también VIVES, J.A., *Identidad Amigoniana*, p. 18.

³⁹ Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 251.346.783.1141-1142.2359.

⁴⁰ Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 1831.

⁴¹ Cf. VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana*, (separata) p. 48-49.

⁴² Cf. VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana*, (separata) p. 59-67.

⁴³ Cf. ALBORAYA, D., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.166.

⁴⁴ Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1911*, n. 74. Años más tarde el Padre Bernardino escribiría al respecto: *supone mucha abnegación y sacrificio la incesante custodia del alumno* (cf. ALACUÁS, B., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 3.028).

*espíritu de sacrificio que exige y supone la ardua misión propia y peculiar de nuestro Instituto*⁴⁴.

- *Los religiosos – insistía el Manual de 1933 – han de poseer espíritu de sacrificio para soportar con gusto, o al menos con paciencia, a los alumnos, aun en aquellos días en que más molesten; para no reparar en horas y no demostrar cansancio de estar con ellos; para hacerles la vida en el establecimiento lo más agradable y llevadera posible...*⁴⁵.
- *La de privaciones, sinsabores, disgustos y contrariedades que habré tenido que pasar – confesaba en 1905 fray Lorenzo de la Alquería –; pero en esta misión, donde el celo de las almas y la utilidad del prójimo parece que lleven a uno en alas a grandes elevaciones..., de cobardes no se escribe*⁴⁶.
- *El espíritu de sacrificio – enseñaba en 1930 el padre Valentín de Torrente – es consecuencia del celo. ¿De dónde nacen los mil y mil sacrificios que se imponen los padres por sus hijos? ¿No es acaso del amor...? Esta es la clave y no hay otra... ¿Por donde se conoce que un inspector quiere y estima a sus alumnos? Por los “sacrificios” que se imponga por ellos. Estos, a su vez, conocen pronto si su inspector es poltrón o sacrificado*⁴⁷.

4. Coherencia en el ser y en el hacer

En educación es siempre imprescindible el testimonio, pues los alumnos, en su proceso de maduración, sienten necesidad de ver reflejado el mensaje que se les proclama en personas que sean para ellos *modelos de identificación*.

No obstante, la necesidad del testimonio es tanto más perentoria en aquellos sistemas pedagógicos que – como el amigoniano – se orientan fundamentalmente a favorecer en la persona el desarrollo del sentimiento humano y de los valores que le son más propios.

En el ámbito del sentimiento humano y de sus valores sólo puede ser, sin embargo, un *modelo de identificación creíble*, la persona que se distinga por su *honestidad y coherencia*. Estos valores, – honestidad y coherencia – hacen, en

⁴⁵ Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1933 y 1946*, n. 212. Sobre la formación en este *espíritu de sacrificio*, en este *valor de la fortaleza*, el *Manual de 1911* indicaba al Maestro de novicios que cuidase educar a sus alumnos en él para que, vencidos a sí mismos, no se negasen jamás a lo que exige el propio ministerio (Cf. TERCARIOS CAPUCHINOS, *Manual de 1911*, n. 221).

⁴⁶ Cf. ALQUERÍA, L., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 8.261.

⁴⁷ Cf. TORRENTE, V., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 12.464. Cf. también PAIPORTA, J., *ibidem*, n. 11.124.

realidad, referencia al mismo núcleo vital, pero mientras el primero indica de una forma más directa el mundo del ser, el segundo se relaciona más directamente con el del *actuar*.

La *honestidad* – al igual que la honradez – implica en la persona unidad y armonía de ser, y se contrapone, por su misma naturaleza, a toda esquizofrenia vital y a todo dualismo existencial. La *coherencia*, por su parte, supone consecuencia entre lo que se *es* y lo que *se hace* y se opone a todo comportamiento doble, ficticio, de tipo farisaico. Ambas, al presentarse unidas convierten al educador en *testigo*, y lo transforman, por ende, en un agente válido para acompañar un proceso de crecimiento y maduración en amor, en sentimiento.

Luis Amigó, – conocedor por experiencia del corazón humano –, no se cansó nunca de resaltar la capital importancia de lo que él llamaba el *buen ejemplo*⁴⁸. Y sus seguidores – que vieron reflejado este valor en la actitud del *Buen Pastor* que va delante de sus ovejas, convirtiéndose así en *camino* para ellas⁴⁹ – lo constituyeron en otro de los quicios fundamentales sobre los que gira todo el *sentimiento* pedagógico amigoniano y toda su *acción* educativa:

- *La gran palanca para los brillantes resultados de esta escuela* – escribía en 1906 el padre Domingo de Alboraya – *es el ejemplo vivo y personal. En ellas no se obliga al alumno a ejecutar el trabajo o alguna obra por sí solo; nunca se le dice “haz esto”, sino “hagamos esto”...; el educador come con el alumno..., descansa en el mismo salón, toma parte en sus juegos, y con él trabaja, llevando siempre la peor parte. Con esto está dicho todo: El discurso vence, pero el ejemplo arrastra*⁵⁰.
- *Vayan delante con el ejemplo* – insistía el padre Javier de Valencia. – *Así, pues, al mandar nunca empleen las frases: “vayan a rezar, vayan a trabajar...”, sino estas otras más caritativas y convincentes: vamos, vayamos a rezar, a trabajar...⁵¹.*
- *Los religiosos, comprensivos y abnegados* – añadía al padre Bienvenido de Dos Hermanas – *descienden a las necesidades y aun simples deseos de los alumnos para, ganándoles la voluntad, remontarlos al cumplimiento del deber, del que se constituyen modelos*⁵².

⁴⁸ Cf. AMIGÓ, L., *Obras Completas*, n. 1076. 1087. 1146. 1805 y 1816.

⁴⁹ Cf. VIVES, J.A., *Trilogía Amigoniana*, (separata) p. 41-43.

⁵⁰ Cf. ALBORAYA, D., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 6.033 - 6.034. Cf. también *ibidem*, n. 6.251.

⁵¹ Cf. VALENCIA, J., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 5.061. Cf. también *ibidem*, n. 5.058.

⁵² Cf. DOS HERMANAS, B., *Textos Pedagógicos de Autores Amigonianos*, n. 9.139. Cf. también *ibidem*, n. 10.016.